4487

Fabio el novicio.

5

Digitized by the Internet Archive
in 2015

https://archive.org/details/fabioelnoviciool560vega

FABIO EL NOVICIO,

Ó LA PREDICCION.

DRAMA EN CUATRO ACTOS, PRECEDIDO DE UN PRÓLOGO,

ARREGLADO AL TEATRO ESPAÑOL

POR

DON VENTURA DE LA VEGA.

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1842.

PERSONAS.	ACTORES.
EL CONDE LUDOVICO MANZONI.	*Don José Garcia Luna.*
CONSTANZA.	*Doña Matilde Diez.*
EL CONDE DE MONTFORT. .	*Don José Perez Plo.*
POLICASTRO.	*Don Pedro Sobrado.*
EL PRIOR DE LOS AGUSTINOS.	*Don Lázaro Perez.*

SOLDADOS FRANCESES, CRIADOS, PUEBLO.

La escena es en Milan á principios del siglo XVI.

Este Drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

PLÓLOGO.

El teatro representa una modesta habitacion. Puertas laterales y otra en el foro. A un lado una ventana.

ESCENA PRIMERA.

CONSTANZA. *Luego* LUDOVICO.

Constanza. (*Oyendo llamar á la puerta del foro.*) Será él? (*Abre.*) Ludovico!

Ludovico. (*Saliendo.*) Constanza!

Constanza. Ah! gracias á Dios! qué noche he pasado! al menor ruido corria á la puerta creyendo que eras tú...

Ludovico. Pobre Constanza!

Constanza. Al fin rendida y ya sin esperanzas, me quedé dormida junto á la cuna de nuestro hijo... pero qué sueño tan agitado! Ya veía delante de mí el rostro de mi padre, pálido y amenazador, ya oía los gritos de un hombre á quien asesinaban... y prestando atencion se me figuraban tuyas las voces, y me arrojaba como loca... Pero ya estás aqui... no ha sido mas que un sueño.

Ludovico. Y nuestro Fernando ha pasado mejor noche que tú?

Constanza. Angel mio...! ni una sola vez ha dispertado. Quieres verle?

Ludovico. No; porque me sería imposible dejar de abrazarlo, y le despertaría.

Constanza. Pues dime, dime cuál ha sido el motivo que te obligó á ausentarte. Me traes alguna buena noticia?

Ludovico. Ya te la hubiera dicho.

Constanza. Ha descubierto mi padre nuestro retiro?

Ludovico. No, gracias al cielo!

Constanza. Pues qué traes...? me haces temblar!

Ludovico. Constanza, tú eres francesa y yo soy milanés... Dios nos habia formado el uno para el otro, y la enemistad que reina entre ambos paises no ha sido parte á impedir que esta union se verificara. Aunque oculta

677564

en este retiro, no puedes ignorar la opresion que hace pesar la Francia sobre nosotros...

Constanza. Cómo he de ignorarlo, cuando mi esposo es una de las víctimas?

Ludovico. Pues bien, sabe que la persecucion de los invasores empieza de nuevo á encarnizarse...

Constanza. Contra tí?

Ludovico. Todavía no; pero lo mismo que si fuera contra mí: contra Octavio Manzoni, mi querido hermano! — Ayer, saliendo con su esposa de rezar el oficio divino en la iglesia de San Esteban, se vieron separados por la multitud: mi hermano se dirigió á su casa, creyendo que su esposa por su parte habria hecho lo mismo... y á pocos pasos la ve forcejeando entre los brazos de un oficial francés...

Constanza. Gran Dios!

Ludovico. Te estremeces, no es cierto? Mira en qué estado se halla mi pobre patria! — Octavio se arrojó sobre el infame raptor: el francés sacó la espada, y en aquel duelo de un instante, Dios protegió al que llevaba la justicia, y el criminal cayó muerto á sus pies. El suceso habia irritado al pueblo, que ya en numerosos grupos gritaba venganza: un destacamento de tropas francesas, de los tercios que acaban de entrar, acudió al sitio; y aunque mi hermano queria esperarlo, fiado en su inocencia, algunos de sus amigos, que saben lo que puede esperarse de la justicia de los invasores, le hicieron buscar asilo en el convento de los agustinos. Qué me dices ahora, Constanza...? tú que siempre me aconsejas paciencia y resignacion, qué me dices ahora? — No les basta haber destruido nuestra independencia en su sed de conquista...! no les basta quitarnos la existencia...! quieren tambien quitarnos el honor!

Constanza. Ludovico...! esposo...! si te aconsejo resignacion es porque ante todas cosas te amo y tiemblo por tu vida. Pero gracias al cielo, tu hermano está ya en salvo: el convento de los agustinos es un asilo sagrado, y el prior es amigo nuestro.

Ludovico. Sí; pero el conde de Montfort, tu padre, es gobernador de Milan, y ya concibes cuál debe ser su odio á toda nuestra familia. Mucho temo que por astucia ó por fuerza arranquen á mi hermano de ese asilo...!

Constanza. Ah! Ludovico...!

Ludovico. Te afligen mis palabras! — Pero ya lo he previsto todo. (*Óyese cantar dentro.*) Oyes? Es la voz de Policastro, ese estatuario de quien ya te he hablado... le avisé que le esperaba aqui al amanecer. Voy á abrir: aguárdame.

Constanza. (*Aparte.*) Policastro...! el gefe de todos los motines...! Y Ludovico va á confiarle nuestro secreto...!

ESCENA II.

LUDOVICO. POLICASTRO. CONSTANZA, *retirada.*

Policastro. Señor conde, á qué casa me traeis?

Ludovico. A la mia.

Policastro. A la vuestra? Pues hace dos dias que viviais en la plaza del mercado.

Ludovico. Sí, en casa de Juan Simonetta; pero has de saber que tengo dos casas, una secreta y otra pública.

Policastro. Buena precaucion para un conspirador.

Ludovico. Esta precaucion no tiene el motivo que supones, sino otro que vas á saber. — Constanza, te presento á un amigo de quien muchas veces te he hablado; Policastro el estatuario.

Policastro. Vuestra esposa! — Os doy el parabien, señor conde.

Constanza. Tiempo hace que sé el afecto que teneis á la familia de mi esposo, y espero desde hoy merecerlo tambien.

Policastro. Señora, podeis contar con mi fidelidad y mi respeto...

Ludovico. Está bien: Constanza, déjanos.

ESCENA III.

LUDOVICO. POLICASTRO.

Policastro. Aun no he vuelto de mi sorpresa! Vos estais casado, señor conde? Antes que vuestro hermano, ó despues?

Ludovico. Antes.

Policastro. Y por qué tenerlo secreto? — Pero perdonad mi

curiosidad: hablemos de vuestro hermano, que será sin duda para lo que me habeis llamado. Sé lo que le ha pasado: no he perdido tiempo, y mis amigos estan dispuestos...

Ludovico. Tus amigos...

Policastro. No me ha costado mucho el decidirlos á salvar á Octavio Manzoni. Todos saben que su accion fue justa y honrosa... y ademas se trata de un Manzoni, y vuestro nombre es muy popular: sois descendientes de una familia ilustre que en todos tiempos ha prodigado sus bienes y su sangre por defender la independencia de la patria. Sí...! vuestra sangre ha corrido en los cadalsos, en los campos de batalla, y siempre pura y con honor! el pueblo no lo ha olvidado... Con que yo aconsejo á los señores franceses que respeten el asilo donde se ha ocultado... y si le tocan á un cabello... infelices de ellos...! la mina está preparada, y una chispa la hará reventar.

Ludovico. Con riesgo de tu vida...!

Policastro. Ba...! qué importa mi vida? á nadie le sirve mas que á mi buena madre; y si yo la falto... ya sabrá la pobre vieja ir á ponerse á las puertas de la catedral, y yo fio de la gratitud de mis compatricios que no dejarán mendigar el sustento á la madre de Policastro.

Ludovico. Conozco tu decision y tu arrojo... Pero quizá, antes de obrar, hubieras debido consultarme... quizá has comprometido á mi hermano, pensando favorecerle.

Policastro. Cómo es eso?

Ludovico. Amigo mio, Milan no cuenta todavía muchas almas como la tuya... Aun no es tiempo: esperemos.

Policastro. Siempre esperando! Pero, y vuestro hermano? No veis que de un momento á otro pueden arrancarle del asilo en que está?

Ludovico. Esta noche marcho con él á Alemania.

Policastro. Eso habeis resuelto...! Bien: yo os acompañaré.

Ludovico. No; porque no tengo pase mas que para dos personas, y tú debes quedarte en Milan, donde puedes hacerme un señalado servicio.

Policastro. Hablad: cuál es?

Ludovico. El verdadero motivo que me ha obligado á ocultar mi matrimonio es que el padre de Constanza no queria concederme su hija, y he tenido que quitársela.

Policastro. Es posible?

Ludovico. Asi que nos casamos, fue preciso huir de sus pesquisas; pero si durante mi ausencia la descubriera, qué sería de mí? — Tú eres mi mejor amigo: á tí te confio la custodia de mi esposa y de mi hijo: contigo vivirán hasta que yo vuelva.

Policastro. Podeis fiar de mí, y marchar tranquilo.

ESCENA IV.

DICHOS. EL PRIOR. *Luego* CONSTANZA.

Prior. (*Azorado.*) Aqui estais, señor conde...! Loado sea Dios!

Ludovico. Padre...! qué agitacion...!

Policastro. Vos sois el prior del convento de agustinos...? el que ha dado asilo al noble marques Octavio...? Bien, padre, bien...! Dejadme besar vuestra mano.

Prior. En eso no hice mas que cumplir un deber que la religion me impone; y si el asilo de nuestro convento ha sido violado por manos impías, gracia á Dios no cae sobre mí la culpa!

Policastro. Cómo?

Ludovico. Qué decís?

Prior. Fuí llamado anoche á la cabecera de un moribundo que imploraba de mí los últimos consuelos de la religion, y tuve que pasar la noche fuera del convento. Juzgad de mi dolor y de mi indignacion cuando á mi vuelta sé que los emisarios del conde de Montfort, gobernador de Milan, se habian presentado á reclamar á vuestro hermano!

Ludovico. Gran Dios!

Prior. El que hacia mis veces, débil, é impedido por la edad y los achaques, se intimidó á las amenazas, y el infeliz Octavio, arrancado de aquel asilo inviolable, va á ser juzgado por un consejo de guerra.

Ludovico. Ah! desgraciado! desgraciado! — Y sabeis cuándo debe comparecer?

Prior. Temo que sea hoy mismo. Pasando, poco há, por la plaza del Domo he visto un gran gentío delante de la casa de justicia, y alli corria la voz de que el consejo estaba reunido desde las cinco de la mañana.

Ludovico. Ah! no hay que perder un momento! Octavio

es milanés, y su enemigo era francés: esto basta para temerlo todo. Voy corriendo á interesar á mis amigos.

Prior. Prudencia, hijo mio!

Ludovico. Padre, yo apuraré todos los medios de conciliacion; pero si los jueces de Octavio son inflexibles... entonces, Policastro, soy enteramente tuyo.

Constanza. (*Saliendo.*) Ludovico...!

Ludovico. No puedo detenerme... El prior te contará lo que ha ocurrido. A Dios! (*Se va.*)

Constanza. Ah! acompañadle...! cuidad de él...! no le abandoneis!

Policastro. Voy, señora. Él cuenta con el empeño de sus amigos para salvar á su hermano: yo los conozco, y no cuento mas que con el pueblo: ese dará remedio. (*Se va.*)

ESCENA V.

CONSTANZA. EL PRIOR.

Constanza. Dios mio! Dios mio!

Prior. Vos, hija mia, ignorais lo que pasa?

Constanza. No: cuando entrásteis me acerqué á esa puerta, y todo lo he oido. Ya han llegado, padre, los infortunios que me habíais pronosticado! Octavio es perdido, y Ludovico querrá vengarlo!

Prior. Octavio no es perdido: hay una persona que puede salvarlo.

Constanza. Quién?

Prior. Vos. El conde de Montfort vuestro padre es presidente del consejo: id á echaros á sus pies, y pedidle el perdon del hermano de vuestro esposo.

Constanza. Ah! no conoceis á mi padre? no sabeis que es el mas justo, pero tambien el mas severo de los hombres? Ya os he contado mil veces en qué circunstancias abandoné la casa paterna: cuando estaba ajustado mi casamiento con el marques de Versac... Cuatro años han pasado desde aquel dia terrible; pero no creais que mi padre ha pensado en concederme el perdon. Y yo me he de poner en su presencia...? he de oir su maldicion...? Ah! esta idea me estremece...! Aunque me viera arrodillada á sus pies, no tendria fuerzas para hablarle!

Prior. Pues yo os digo que vuestro deber os manda acercaros á él. Consentireis en que muera sin haberle ofrecido una ocasion de que os perdone? Si no lo haceis como cristiana, como hija y como esposa... no lo hareis al menos como madre?

Constanza. Cielos!

Prior. Sí; porque vuestro hijo debe acompañaros en ese acto... y asi le asegurais con el perdon de vuestra culpa, sus bienes, su porvenir!

Constanza. Me resigno, padre...! Mi hijo irá conmigo; y si los remordimientos me hacen espirar á los pies de mi padre, él le estenderá sus inocentes manos, y acaso logrará enternecerle. Ah! sí: vuestro consejo es bueno: voy á seguirlo. (*Va por su hijo y se detiene.*) Pero no oís un rumor confuso?

Prior. (*Llegando á la ventana.*) El pueblo está conmovido: no lo estraño. Daos prisa.

Constanza. No correrá peligro mi hijo?

Prior. El hábito que visto os protejerá.

Constanza. Voy á buscarle. (*Se va.*)

Prior. Andad. — Yo espero que este paso tenga buenos resultados: tiempo hace que le hubiera dado, si el orgullo de su esposo no lo hubiese impedido.

ESCENA VI.

EL PRIOR. EL CONDE DE MONTFORT.

Montfort. (*Saliendo apresurado.*) Asilo... Ah! quien quiera que seais, dadme asilo!

Prior. Quién os persigue?

Montfort. El furor de ese populacho desenfrenado! Al salir del consejo, me he visto insultado, acometido... y ya próximo á perecer, pude tomar una calle estraviada y llegar hasta aqui, donde he visto una puerta abierta... Ya creo que han perdido mis huellas.

Prior. En efecto, en la calle no hay nadie; pero se oye rumor lejano...

Montfort. Es el pueblo que pide mi cabeza. El pueblo de Milan, valiente contra un hombre solo, y cobarde contra un solo tercio de soldados; pero yo le haré entrar en su deber! — A qué regla perteneceis, padre?

Prior. Soy prior de los religiosos agustinos.

Montfort. Ah! vuestro convento es el que sirvió de asilo á Octavio Manzoni...? á ese rebelde homicida? Bien, padre: el rey de Francia sabrá que habeis sido leal entregando al reo. (*Se sienta.*)

Prior. No tiene por qué agradecérmelo: yo estaba ausente del convento cuando se ha violado su recinto en nombre del rey cristianísimo. Si yo hubiera estado alli, primero le hubiesen demolido, piedra por piedra, que arrancar al infeliz del asilo sagrado!

Montfort. (*Levantándose.*) Ese lenguaje...

Prior. Debe tranquilizaros; porque os prueba que no soy capaz de entregar á nadie que se vea perseguido.

ESCENA VII.

DICHOS. CONSTANZA.

Constanza. Mi hijo espera: cuando gusteis, padre, podemos marchar...

Montfort. Mi hija!

Constanza. Mi padre! (*Cae á sus pies.*)

Montfort. Con que solo el acaso es quien podia hacerte venir á mis pies? Hé aqui la hija en que yo fundaba mi orgullo y depositaba todo mi amor! El cielo se ha encargado de vengarme...! ya veo que eres desgraciada.

Constanza. Ah! sí, lo era mientras he vivido lejos de vos...! Pero ahora que os veo, ahora que abrazo vuestras rodillas... si os dignais volver los ojos... no hácia mí, sino hácia ese inocente, cuyas caricias os moverán acaso mas que mi arrepentimiento, ah! entonces seré la mas dichosa de las mugeres...! (*Volviendo la cara á la puerta.*) Leonor... Leonor... trae á mi hijo..

Montfort. No, no...! alejad ese niño...! ese niño debió ser mi alegría y mi orgullo, y es mi vergüenza y mi oprobio! No le presentes á mi vista: yo no puedo ver en él sino el fruto de un crimen, el hijo de un infame raptor!

Prior. Caridad, señor conde!

Montfort. Padre, vos no sabeis cuán grande es su culpa.

Constanza. Sí la sabe: todo se lo he confesado; pero si conoce mi culpa, tambien ve correr mis lágrimas! Tam-

bien sabe que yo nunca hubiera abandonado la casa paterna si me hubiéseis concedido, no unirme al hombre que queria, sino acabar mi vida en un claustro. Esta sola gracia os pedí, y vuestra negativa me desesperó y me arrojó á una culpa... grande, muy grande, lo conozco! Pero, señor, si yo olvidé un momento que era hija vuestra, olvidareis vos por eso que sois mi padre? Ah! en memoria del cariño con que me habeis criado... en memoria de mi madre... de aquella santa que nos está mirando desde el cielo, retractad esa maldicion que habeis dado por única respuesta á cuantas cartas os he escrito...! Sí, padre mio...! perdonadme...! perdonadme...!

Montfort. Y qué respuesta habia de dar á unas cartas en que ni siquiera me descubrias el nombre de tu seductor? No sé mas sino que es milanés, y que se ha arruinado fomentando rebeliones. Asi la sangre de Montfort, la mas noble de Francia, se ha mezclado á la de una familia de rebeldes vencidos. Tú misma... tú misma te estás avergonzando de ese enlace: qué mas prueba que la obstinacion con que callas el nombre de tu esposo!

Constanza. Hoy mismo os lo iba á descubrir.

Montfort. Cómo?

Constanza. Sí, señor: el prior iba á acompañarme á vuestro palacio á implorar vuestra justicia, á pediros gracia para otro antes que para mí.

Montfort. No te entiendo.

Constanza. Ayer, un milanés, que mató en duelo á un oficial francés en venganza de su honor ofendido, ha sido preso en el convento de agustinos...

Montfort. Octavio Manzoni...!

Constanza. El mismo.

Montfort. Infeliz...! es ese tu esposo?

Constanza. No; pero es su hermano, y vos sois su juez. Ah! no pronuncien vuestros labios su sentencia de muerte...! en ello va mi felicidad, mi vida! Yo me engañé cuando os dije que iba á pediros gracia para otro... no, padre mio, no es la vida de Octavio, es la mia, la mia la que vengo á pediros.

Montfort. La vida de Octavio...? Ignoras que la razon de estado impone obligaciones terribles...? Octavio Manzoni ha sido causa de un tumulto, y el interes de la Francia reclama su muerte...

Prior. (*A la ventana.*) Silencio!

Montfort. Qué hay?

Prior. La calle se llena de gente. — Un grupo, en que diviso á vuestro esposo, se ha parado á esta puerta. (*Murmullos dentro.*) Oís los gritos?

Constanza. Qué vienen buscando?

Montfort. Mi cabeza...! y voy á arrostrar el furor de la turba. No se dirá que el raptor de mi hija me ha hecho retroceder.

Constanza. Deteneos!

Prior. Aqui vienen...! Señor conde, ocultaos por Dios!

Constanza. Alli... alli!

Montfort. No: aqui espero á tu seductor!

Constanza. Ah! el pueblo os va á asesinar...! Entrad, entrad...! no me condeneis á ver derramar vuestra sangre! (*Ayudada del prior, lo hace entrar.*)

ESCENA VIII.

CONSTANZA. LUDOVICO. *Luego* POLICASTRO *y* PUEBLO.

Constanza. Ludovico...! eres tú...! que sucede?

Ludovico. Qué sucede? No lo adivinas en la palidez de mi rostro...? en lo trémulo de mi voz...? en los sollozos que me ahogan...? Qué sucede, Constanza...? Que mi hermano acaba de espirar en el cadalso! — Sí...! lo han muerto secretamente, como cobardes que son, en el patio interior de palacio...! Ah! hermano mio...! venganza...!

El pueblo. Venganza...!

Policastro. (*Saliendo con un arcabuz.*) Sí...! venganza! — Amigos, el tirano que le ha dado muerte, el infame Montfort se entró por esta calle... quizá se oculta en esta casa... Señora, habeis visto á ese hombre?

Constanza. No... yo no le he visto... os lo juro...! Ese que buscais no está aqui.

Policastro. Permitid que nos cercioremos. (*Dirígese á lo interior. — Preséntase el conde y el prior.*)

Todos. El conde!

ESCENA IX.

DICHOS. EL CONDE. EL PRIOR.

Montfort. Aqui estoy. Qué me quereis?

Policastro. Miserable! La sentencia de muerte que firmaste esta mañana es la tuya! (*Apuntándole.*)

Constanza. (*Poniéndose delante.*) No le mateis, que es mi padre!

Policastro y *el pueblo.* Su padre!

Constanza. Sí...! yo soy su hija!

Ludovico. Policastro, no incurramos en el crimen que queremos castigar. — Señor conde, tenemos cuentas terribles que ajustar; pero ahora sois mi huésped, y os debo amparo y proteccion. — Milaneses, retirad las armas.

Constanza. Lo veis, padre mio?

Montfort. No me obliga conservándome una vida que él me ha hecho aborrecible. (*Ruido dentro.*) Y ademas, ya vienen á mi socorro: ahora soy yo el que manda!

Un oficial. (*Dentro.*) Adentro, soldados!

El pueblo. Los franceses...!

Policastro. Compañeros...! quereis que empiece en este momento la independencia de la patria...?

Ludovico. Calla, infeliz, que te pierdes! (*Sale un oficial con soldados.*)

Oficial. Señor conde, el general nos envía en socorro vuestro: aqui teneis el decreto que ha dado contra el que se supone ser gefe de este motin.

Montfort. Bien está. Haced salir á esos hombres, y estad prontos á mi voz. Conde Manzoni, y vos, padre, quedaos.

Policastro. (*Aparte á Ludovico:*) Con que os empeñais...

Ludovico. Obedece.

ESCENA X.

LUDOVICO. EL CONDE. CONSTANZA. EL PRIOR.

Montfort. Este decreto os destierra de Milan y de todo el territorio ocupado por las armas del rey de Francia.

Prior. Señor conde...!

Constanza. Padre mio...!

Montfort. Constanza... yo debia olvidarte; pero eres desgraciada... y yo bastante débil para perdonarte.

Constanza. Cielos...!

Montfort. Pero con una condicion: que has de seguirme y firmar una súplica que enviaré á Roma, á fin de obtener la anulacion de tu casamiento. A este precio tu hijo

lo será mio... y por lo que hace al infeliz que te sedujo... haré revocar su destierro y el secuestro de sus bienes.

Constanza. Ludovico, á tí te toca responder... Qué prefieres? tus bienes y tu patria... ó tu esposa?

Ludovico. Ah...! (*La abre los brazos: Constanza se arroja en ellos.*) Conde de Montfort, mis bienes son mi esposa y mi hijo... estos, ya lo ves, no puede quitármelos la Francia.

Prior. Obrais como cristiano y caballero!

Montfort. Bien: esto acaba de romper los débiles lazos que aun me unian á ella... Bendito sea el cielo...! ya he dejado de ser padre!

Constanza. Ah...! no me dejeis esa horrible despedida...! padre mio...!

Montfort. Otra quieres? pues óyela. — Constanza! la familia á que te has unido está animada de un espíritu de rebelion que le será funesto. Tu esposo será víctima, como lo ha sido su hermano, y como lo será tambien tu hijo! Acuérdate de esta profecía. Criado en esos principios sediciosos, alimentado con el veneno de las conspiraciones, seguirá el destino de su raza, y le verás perecer en un motin popular, ó en un afrentoso cadalso!

Ludovico. Conde de Monfort...!

Constanza. Oh! qué horrible prediccion...! Perdon, padre mio...!

Conde. No hay perdon para los rebeldes! Tu hijo te hará conocer los tormentos que tú has causado á tu padre. Esta es la venganza que le pido al cielo! (*Se va.*)

ESCENA XI.

LUDOVICO. CONSTANZA. EL PRIOR.

Constanza. En un motin popular... ó en un afrentoso cadalso!

Prior. (*Haciéndola sentar.*) Hija mia... Dios no puede aceptar esa injusta maldicion...! tranquilizaos...!

Ludovico. Constanza...! esposa mia...! por segunda vez has sacrificado á mi amor los bienes de la tierra... Dios bendecirá tu noble sacrificio! Contigo, aun puedo esperar dias serenos en mi triste destierro. Ten valor! Mañana partiremos á España: la viuda de mi hermano y su po-

bre hija Julia nos acompañarán: voy á escribirla. Ea, enjuga esas lágrimas... piensa en tu hijo! (*Se sienta á escribir.*)

Constanza. (*Aparte.*) Mi hijo...! ya no puedo pensar en él sin estremecerme!

Prior. Mi deber me llama al convento: permitid que os deje.

Constanza. (*A media voz con misterio.*) No, padre, no... quedaos... sabeis que esa prediccion de mi padre...! ah! es una idea aterradora que muchas veces me habia ocurrido!—Quedaos... tengo que pediros un consejo... (*Mirando con recelo á su esposo.*) un favor quizá que vos solo podeis hacerme.

Prior. Me quedo, señora.

Ludovico. (*Levantándose con la carta.*) Genaro...! (*Sale un criado.*) Toma: lleva esta carta á la viuda de mi hermano. Pronto! (*Vase el criado.*)

Constanza. (*Entre sí.*) Hijo mio!

ESCENA XII.

DICHOS. POLICASTRO.

Policastro. (*Tirando el arcabuz.*) Ah! cobardes...! cobardes...!

Ludovico. Qué es eso?

Policastro. Bien decíais, señor conde...! los milaneses no merecen la independencia...! ninguno me ha seguido...! los soldados franceses se los llevan por delante como vil rebaño!

Ludovico. Y por eso desesperas del porvenir?

Policastro. Yo...? si asi pensara, me hubiera hecho matar. (*Óyese á lo lejos una música fúnebre que se va acercando, y vuelve luego á alejarse.*)

Ludovico. Oyes...? ese es un cántico funeral!

Palicastro. Sí, señor; os lo venia á decir: es el cadáver del martir que la nobleza de Milan conduce al sepulcro de sus antepasados.

Ludovico. Octavio...! mi hermano...! (*Asomándose á la ventana.*)

Prior. (*Arrodillándose delante de la ventana.*) Pidamos á Dios por él, hija mia!

Constanza. (*Imitándole.*) Señor...! recíbele en tu seno!

Ludovico. Oh! hermano mio...! Dios te dará en el cielo la palma de los mártires! Yo juro sobre tu sepulcro odio eterno á tus asesinos...! Juro vivir para vengar tu muerte!

Constanza. Gran Dios!

Policastro. Sí...! la vengaremos!

Ludovico. (*Volviéndose hácia la puerta interior.*) Y tú, Fernando, hijo mio...! desde esa cuna en que reposas mira este espectáculo y grábalo en tu memoria...! Mira esos religiosos, mira esos blandones...! ese paño negro y esa cruz blanca...! ahí llevan el cadáver de Octavio... de tu tio que tanto te amaba...! y que ha muerto asesinado por los franceses. No olvides este crimen...! y si yo sucumbo en la demanda, tú, aleccionado con mi ejemplo, crece, hijo mio, crece para vengarlo!

Constanza. (*Aparte.*) Ah! no! mi hijo no será martir de ninguna venganza...!

FIN DEL PRÓLOGO.

Acto primero.

PERSONAS.	ACTORES.
EL CONDE LUDOVICO MANZONI.	*Don José García Luna.*
CONSTANZA.	*Doña Matilde Diez.*
FABIO.	*Don Julian Romea.*
POLICASTRO.	*Don Pedro Sobrado.*
JULIA.	*Doña Teodora Lamadrid.*
GASTON.	*Don José Diez.*
JUAN SIMONETTA.	*D. Luis Fabiani.*
EL PRIOR.	*Don Lázaro Perez.*
GREGORIO.	*Don Antonio de Guzman.*
UN OFICIAL.	*Don Juan Fernandez.*

NOBLES, PUEBLO, SOLDADOS.

Milan, 1525.

Jardines del palacio de Manzoni.

ESCENA PRIMERA.

JULIA. DOS LACAYOS. VARIOS PEREGRINOS.

Julia. (*Distribuyendo limosna.*) Tomad, hermanos: el conde Manzoni os da este socorro para que continuéis vuestro viaje á Roma. Ea, andad, y el Señor vaya con vosotros. (*Los lacayos los despiden.*) Ahora que he cumplido este deber, voy á pensar en componerme un poco para el baile... Y con poca gana! — La persona á

quien yo quisiera parecer bien no estará en la fiesta...! pero en fin, tampoco es cosa de espantar á los demas. (*Al volverse se halla con uno de los peregrinos, que no se ha marchado: es Policastro.*) Ah...! qué susto me ha dado! — Hermano, no seguís á vuestros compañeros? no teneis bastante con el socorro que habeis recibido?

Policastro. Al contrario, señora: á mí me alcanzan mas que á ningun otro las liberalidades del señor conde: por eso quisiera verle para darle las gracias... No podreis hacer que le hable?

Julia. Cómo os llamais?

Policastro. No me conoce por mi nombre: nunca se lo pregunta al infeliz á quien socorre.

Julia. Es que por hoy...

Policastro. Ya me hago cargo de vuestra repugnancia: el señor conde tiene motivos para mostrarse receloso: su preciosa vida está continuamente amenazada por enemigos ocultos: antenoche, tres asesinos le acometieron al pasar por el puente nuevo...

Julia. Es verdad; y un desconocido se puso á su lado y lo salvó. Fuísteis vos acaso?

Policastro. No, señora; no tuve esa dicha; pero estoy pronto á dar mi vida por él, como la hubiera dado hace diez y seis años por salvar al conde Octavio vuestro padre.

Julia. Mi padre...! Cielos...! vos le conocísteis?

Policastro. Sí, señora!

Julia. Ah! quién pudiera decir lo mismo! cuando murió, yo no tenia mas que algunos meses.

Policastro. No os aflijais. Os he recordado ese triste suceso para probaros que debeis tener confianza en mí, y que podeis sin recelo decir á vuestro tio...

Julia. Aqui viene con el señor Juan Simonetta.

Policastro. Me permitís que le espere?

Julia. Aunque quisiera evitarlo... ya estan aqui. (*Policastro se retira al fondo.*)

ESCENA II.

DICHOS. LUDOVICO. SIMONETTA.

Ludovico. Y bien, Julia, has cumplido ya con la obra de caridad que te encomendé? (*Abrazándola.*)

Julia. Sí, tio; pero...

Simonetta. La noble sobrina del señor conde Manzoni se dignará recibir el homenage de su mas humilde siervo y proveedor.

Julia. Gracias, señor Juan.—Tio, uno de los peregrinos deseaba hablaros...

Ludovico. Esta noche...? no tengo tiempo. (*A Policastro.*) Hermano, otra vez será: volved mañana.

Policastro. (*Descubriéndose.*) Es que lo que tenia que deciros es cosa urgente.

Ludovico. (*Sorprendido.*) Gran Dios!

Julia. Qué es eso?

Ludovico. Nada... nada...

Policastro. (*Alargando la mano á Simonetta.*) Señor Juan Simonetta...

Simonetta. Qué...? (*Despues de mirarlo.*) Ah...!

Policastro. Una lismona, si sois servido.

Ludovico. Julia, hija mia, déjanos.

Julia. (*Aparte.*) Qué misterios...!

ESCENA III.

LUDOVICO. SIMONETTA. POLICASTRO.

Ludovico. Eres tú, Policastro?

Policastro. Yo, señor conde, yo... y siempre el mismo. Os asombra el verme...? no lo estraño. Entrar en Milan, á pesar del decreto de proscricion que ha hecho subir á mil ducados el valor de mi cabeza...! Aqui se la traigo al que la busque.... y vengo dispuesto á entenderme con los chalanes.

Ludovico. Imprudente! Cuando yo tengo pedido tu indulto, y estoy á punto de conseguirlo, vas á hacer con tu temeridad...

Policastro. Mi vuelta era oportuna, y ahora os diré por qué.—Dejad que primero bendiga al acaso feliz que, en

el momento de poner el pié en Milan, nos reune á los tres en parage seguro. Podemos aqui entendernos, y llevar adelante el negocio.

Simonetta. Policastro... cuidado con lo que hablas...! Tú eres como el pájaro en la rama, que no teme ni debe, porque de un vuelo... pif...! se larga; pero nosotros...

Policastro. Hola! vosotros...! — Pues no eras tú, Juan Simonetta, quien ponias el grito en el cielo porque los franceses habian arruinado tu comercio? Ya no te parecen tan tiranos, desde que te has hecho rico, y será cosa de que no contemos contigo, eh?

Simonetta. No digo eso, hombre! pero...

Policastro. Y vos tambien, señor conde, con ese silencio me dais muy mala espina. Tambien vuestra suerte ha cambiado. El conde de Montfort, á la hora de la muerte, tuvo un acceso de ternura paternal, y obtuvo del rey de Francia que os restituyese á Milan, y os devolviera vuestros estados. Fatal indulto, y fatal restitucion, si por ello os han ganado nuestros tiranos, si habeis olvidado la sangre de Octavio que no cesa de pedir venganza, y en fin, si creeis que la patria es libre, porque vos sois feliz!

Ludovico. Feliz...! puedo serlo con semejante recuerdo...? puedo serlo al considerar que perdí mi hijo, y que mi nombre morirá conmigo? Ah! tú no sabes lo que yo pienso, y lo que padezco!

Policastro. Perdonad; vos pensareis como es debido; pero vuestra esposa es francesa, y no tiene el mismo interes que nosotros en la libertad de la Lombardía.

Ludovico. Policastro, no hables asi de mi esposa: á ella debo la escasa dicha que disfruto en la tierra... Si quieres que seamos amigos, empieza por respetarla. (*Se sienta.*) En cuanto á las causas que me hacen observar esta conducta, júzgalas tú mismo. Las contínuas sediciones, siempre ahogadas y vencidas, han hecho derramar á la patria harta sangre generosa. De cinco años á esta parte... desde tu ausencia, Milan está tranquilo: no trates, pues, de suscitar estériles revueltas... Los franceses no desean mas que un pretesto para levantar nuevos cadalsos.

Policastro. Con que renunciais á vengar á vuestro hermano?

Ludovico. No! pero antepongo la tranquilidad de mi pa-

tria á mis odios personales, y espero con paciencia una ocasion favorable: Dios es justo; la ocasion se presentará.

Simonetta. Soy de la opinion del señor conde: en presentándose la ocasion favorable, yo seré el primero...

Policastro. Sí...? pues alegraos, porque la noticia que traigo debe alentar los ánimos: jamas se presentará mas favorable ocasion!

Simonetta. Cómo?

Ludovico. Qué dices?

Policastro. En mis peregrinaciones he visitado la España: alli he tenido ocasion de ver al monarca mayor de la tierra, al grande emperador Carlos V, y he sabido que unido en santa liga con el Papa Leon X para libertarnos del yugo de la Francia, nos ha enviado un poderoso ejército, y ha resuelto poner en el trono de Milan á Francisco Esforcia, descendiente de nuestros antiguos soberanos.

Ludovico. Qué dices...? Será cierto...?

Policastro. Yo he seguido al ejército español... yo le he visto campar en Lombardía...

Ludovico. Será posible que el gobernador lo ignore...?

Policastro. En todo caso, lo sabrá al mismo tiempo que vos, porque yo he hecho tanta diligencia como el mejor correo.

Ludovico. Él me ha ofrecido asistir á la fiesta que doy esta noche... será por disimular.

Policastro. Sin duda alguna, porque tambien sé que gran parte de los tercios que guarnecen á Milan han marchado ya, llamados al campamento del rey de Francia Francisco I. — No puede ofrecerse mejor ocasion: aprovechemos el espanto en que debe haberlos puesto la noticia, y demos el golpe: en tan bella coyuntura, dudar sería un crimen!

Ludovico. Dices bien, Policastro! ya no es tiempo de titubear. (*Dándole la mano.*) Sí, te lo juro, obraremos de acuerdo. — Pero ya oigo ruido... mis convidados empiezan á llegar. Simonetta, llevad adentro al nuevo huésped... haced que se ponga otro vestido... y cuidado! prudencia!

Simonetta. (*Aparte.*) Buena comision me da! — Vamos, mi querido Policastro?

Policastro. Cuándo nos veremos?

Ludovico. Pronto... ponto... Anda!

Policastro. A Dios, noble conde...! Siempre conté con vos!

Ludovico. Anda... anda. (*Policastro y Simonetta se van por lo interior.*)

ESCENA IV.

LUDOVICO. CONSTANZA. JULIA.

Constanza. Te buscaba, Ludovico; porque Julia me dijo que habia aqui un peregrino...

Ludovico. Ahora acabo de despacharlo.

Constanza. Y qué queria ese hombre, que tanto afan tenia por verte?

Ludovico. Iba á marchar á Alemania, y queria que le diese recomendacion y socorros: nada mas.

Constanza. Nada mas?

Ludovico. Dudas de mí?

Constanza. No dudo; pero recelo!

Ludovico. Siempre has de estar soñando peligros...!

Constanza. En tu mano tienes el tranquilizarme.

Ludovico. Y qué he de hacer para ello?

Constanza. Proponer á tu sobrina el casamiento de que te he hablado.

Ludovico. Y por qué no se lo propones tú?

Constanza. Porque tú ejerces sobre ella mas ascendiente que yo.

Ludovico. Casar á la hija de Octavio Manzoni con un francés!—En fin, puesto que lo quieres...

Julia. (*Que ha estado cogiendo flores.*) Tia, mirad qué ramillete os estoy haciendo!

Constanza. Gracias, Julia.

Ludovico. Quédate... estamos hablando de tí.

Julia. Bien ó mal?

Ludovico. Julia, es preciso que pensemos en casarte.

Julia. A mí...!

Ludovico. Sí. Si te ofreciese su mano un caballero noble, jóven, rico... como si dijeramos Gaston de Foix, el sobrino del gobernador...

Julia. (*Aparte.*) Cielos!

Ludovico. Qué dirias?

Julia. Hablais con formalidad?

Ludovico. Sin duda.

Julia. Pues bien, tio, diria que los franceses asesinaron á mi padre y mataron de pesadumbre á mi madre; y que Gaston es francés. No tengo mas respuesta que daros.

Ludovico. (*Aparte.*) Ya me la esperaba yo.

Constanza. Julia...!

Julia. Querida tia, perdonad que hable asi de vuestros compatricios... Esto no puede entenderse con vos, que sois un angel de bondad... y ademas, vuestra patria es ya la de vuestro esposo.

Constanza. Julia...! quién volverá la paz al mundo si las mugeres hablan tambien de odios y venganzas...? El casamiento que te proponemos lograria tal vez cicatrizar dolorosas heridas... tal vez te destinaba el cielo á ser angel de reconciliacion entre dos paises enemigos... Pero aun no creo que sea esa tu resolucion definitiva... mucha pena me causaria!

Ludovico. Vamos, vamos, no la riñas... Ya creo que llegan gentes, y conviene presentarnos: ven, Constanza, ya hablaremos de esto en otra ocasion.

Julia. En concluyendo de haceros el ramillete voy corriendo.

Constanza. Olvidar y perdonar, Julia...! ese es el deber de las mugeres!

ESCENA V.

JULIA. *Lucgo* FABIO.

Julia. Mi pobre tia...! Cuánto me cuesta tener secretos para con ella...! porque la verdad es que yo no la he dicho mas que la mitad de los motivos que tengo para negarme... Y cómo la he de descubrir la otra mitad? Un jóven que apenas conozco... que aun no hace un mes que le vi por primera vez en la iglesia de Santa María... y sin embargo, le amo ya, y creo que le amaré toda mi vida. (*Aparece Fabio, cubierto el rostro con una máscara.*) Tiene un modo de espresarse tan noble, tan franco... un aire tan magestuoso... imposible que no sea caballero! (*Viéndole.*) Ay...!

Fabio. (*Quitándose la máscara.*) No os asusteis, Julia.

Julia. (*Aparte.*) Él es!

Fabio. Cúanto no debo bendecir al acaso que me ha guiado hácia esta parte de los jardines!

Julia. Vos aqui...! pero estais convidado?

Fabio. No, por cierto! Aqui me he entrado por mi linda cara.

Julia. Cómo! no estais convidado, y me lo decís asi, con esa frescura? No conoceis que es una temeridad?

Fabio. Sí lo conozco; pero pensais que hay algo en el mundo que me hubiera hecho desperdiciar esta ocasion de veros y hablaros? Vaya, vos no me conoceis!

Julia. Es verdad: hasta ahora no me habia creido con derecho ni aun para preguntaros vuestro nombre; pero ya...

Fabio. Quereis que os lo diga?

Julia. O de lo contrario, tendré que retirarme...

Fabio. No, quedaos.—La pregunta que me haceis está muy puesta en el orden, y quiero apresurarme á responderos. Yo me llamo Fabio.

Julia. Fabio...?

Fabio. No os parece bonito el nombre?

Julia. Pero lo que me interesa saber es el apellido de vuestra familia.

Fabio. En lo tocante á ese capítulo, me es absolutamente imposible satisfacer vuestros deseos.

Julia. Cómo?

Fabio. No hay mas!—Yo tengo algo en mi corazon que me dice que soy noble, que soy caballero... y alguno me lo ha dicho tambien; pero no conozco ni á mi padre ni á mi madre.—Fabio, á secas: asi me llaman... y asi firmo.

Julia. Pero algun cargo, alguna categoría tendreis en el mundo...

Fabio. Oh! eso sí!—Soy novicio del convento de agustinos.

Julia. Cielos...! qué decís?

Fabio. Habeis apelado á mi franqueza, y no debeis enfadaros, porque os he dicho la verdad.

Julia. Con que vivís en un convento?

Fabio. Os causa estrañeza...? Pues digo, y á mi?—Me destinaban para fraile; pero desde que he cumplido los veinte años, me ha entrado una aversion al coro y al claustro... y por remate de fiesta he dado en amaros

con tanto estremo, que primero me daria á todos los demonios...

Julia. Qué decís...?

Fabio. Perdonad...! ya veis qué vocacion de fraile! Pero en todas partes se puede servir á Dios; y yo estoy seguro de que á vuestro lado le serviria á las mil maravillas.

Julia. Y segun veo, la regla de vuestro convento no es muy estrecha.

Fabio. Uf...! estrechísima! Pero un amigo, que fue novicio, y volvió á salir al mundo, por muerte de su hermano mayor, me da dinero y me presta sus vestidos... bajo la promesa que le he hecho de portarme con juicio y prudencia... No...! y le cumplo la palabra!

Julia. Ya se conoce!

Fabio. El dinero me sirve para seducir á Gregorio, portero del convento; y los vestidos... ya los veis: y muy ricos...! me hallo mejor con ellos que con el hábito de estameña. Luego que anochece me escapo del convento, y recorro la ciudad respirando aire libre y gozando de libertad! Asi fue como os conocí, Julia mia! — Esta noche, no hallándoos en la iglesia, segun costumbre, me dirigí á este palacio, supe que vuestro tio daba un baile... y ahora bendigo mil y mil veces la ocurrencia que tuve de entrarme por los jardines!

Julia. Y no teneis esperanza de conocer á vuestros padres?

Fabio. Qué sé yo! Me han dicho que ellos tienen poderosas razones para ocultar su existencia; que de mi retiro depende la tranquilidad de mi madre... Pobre madre! cuánto padece!

Julia. De dónde lo sabeis?

Fabio. De mi nodriza; una buena muger, que me inspira mucho amor y respeto... pues lo que es yo, aunque dicen que mis primeros años los pasé al lado de mis padres, no me acuerdo de nada, de nada absolutamente! Mi buena nodriza viene á verme todas las semanas: algunas veces me trae cartas de mi madre, que me exhortan á la resignacion... y yo me resigno, como veis.

Julia. Y no podeis calcular en qué tiempo mudará vuestra suerte?

Fabio. No, Julia!

Julia. Qué desgracia...! Habeis de saber que solicitan mi mano...

Fabio. Es posible?

Julia. Y pronto tendré que decidirme. Qué he de hacer...? cómo he de confesar... que ya mi corazon...

Fabio. Es verdad...! Un novicio del convento de agustinos, no es el partido mas ventajoso... Vamos, mi situacion es desesperada, y es preciso salir de ella. Mañana por la mañana debo ver á mi nodriza; yo la obligaré á que se esplique... y para poder participaros su respuesta, prometedme que mañana á la noche me esperais aqui...

Julia. Estais en vos?

Fabio. Es indispensable... y ya tengo el medio de entrar: ese cercado da al paseo; yo le escalaré facilmente... y vos vendreis, no es verdad...? Esta cita os la doy en interes vuestro, porque á vuestro honor, á vuestra tranquilidad importa saber cuanto antes si el hombre que amais es digno de vos... Ah! no me negueis esta súplica...! de rodillas os lo pido! (*Aparece Gaston.*)

Julia. Por Dios, Fabio...! levantaos...! si viene alguno... Cielos...! (*Se va apresurada.*)

ESCENA VI.

GASTON. FABIO.

Gaston. Me gusta!

Fabio. (*Poniéndose la máscara.*) Maldito importuno!

Gaston. No os molesteis: seguid asi: estais muy airoso en esa postura.

Fabio. Creo que se burla!—Caballero, vuestra llegada ha sido inoportuna, y vuestra observacion es necia: mejor hubierais hecho en seguir vuestro camino y callar.

Gaston. Los jardines estan abiertos á todos los convidados.

Fabio. Es cierto; pero un caballero cortés se hubiera alejado primero que avergonzar á una muger.

Gaston. Es que á mí me interesaba saber quién era la muger.

Fabio. Y qué derechos juzgais tener sobre ella?

Gaston. Y quién sois vos para preguntármelo?

Fabio. Quién soy? Esa es pregunta á que no me acomoda responder; y que por mi parte escuso de haceros, porque ya conozco en la arrogancia que sois francés.

Gaston. Pues no olvideis que los franceses son vuestros amos.

Fabio. Nuestros amos...? Eso falta probarlo.

Gaston. Por última vez te mando que me digas tu nombre, ó te arranco la máscara.

Fabio. Te desafio á averiguar lo primero... ó á tocar á lo segundo!

Gaston. Pues en guardia!

Fabio. Ya estoy!

Constanza. (*Que ha salido un momento antes.*) Cielos...! esa voz...! (*Llamando.*) Socorro...! socorro...!

Gaston. Temerario...!

Fabio. (*Riñendo.*) Ya se alborotó la casa...! dónde diablos me he metido!

ESCENA VII.

DICHOS. LUDOVICO. JULIA. CABALLEROS. *Luego* POLICASTRO *y* SIMONETTA. CONSTANZA *se pone la máscara.*

Ludovico. Qué voces son estas...? Un duelo...!

Fabio. (*Aparte.*) Este es el conde Manzoni...?

Julia. (*Aparte.*) Qué habrá hecho...?

Ludovico. Cómo...! Sois vos, señor Gaston?

Gaston. Yo, querido conde, que trataba de castigar á un insolente.

Ludovico. Y quién...?

Gaston. Uno, cuyo nombre me direis vos, porque él no ha querido declararlo.

Fabio. (*Aparte.*) Que lo diga: yo me alegraré mucho de saberlo!

Ludovico. No acabo de conocer...

Gaston. Obligadle á que se descubra, porque ese empeño en permanecer oculto empieza á darme que sospechar; y este misterioso personage pudiera muy bien ser alguno de los parciales de ese infatigable fautor de motines, ese famoso Policastro, de cuya llegada tiene ya noticia el gobernador.

Policastro. (*Apareciendo ricamente vestido.— Aparte.*) Tan pronto!

Constanza. (*Aparte.*) Cielos...! Policastro en Milan!

Ludovico. (*Acercándose á Fabio.*) Caballero, en cualquiera otra ocasion hubiera respetado vuestra máscara; pero ya veis las sospechas que habeis inspirado... Quién sois?

Fabio. (*Aparte.*) Otra pregunta...? Y van tres.—(*Llevando al conde á un lado.*) Antenoche, en el puente, viéndoos acometido de tres asesinos, hallásteis un hombre que os defendió, y á quien disteis este anillo.

Ludovico. Cielos!

Fabio. Ese hombre desea que no le pregunteis su nombre, porque no puede decirlo. (*Aparte.*) Y tanto que no puede!

Ludovico. Señor Gaston, yo respondo de este jóven: no hay necesidad de que declare su nombre.

Gaston. Por mediar vos, consiento en ello.

Julia. (*Aparte.*) Ah! se ha salvado!

Constanza (*Aparte.*) Qué le habrá dicho?

Fabio (*Yéndose.*) Vámonos al convento. Pero yo confirmaré mis sospechas, orgulloso francés, y nos veremos las caras! (*Se va.*)

Constanza. (*Al conde.*) Policastro está en Milan... y era aquel peregrino... no es cierto?

Ludovico. No, Constanza...

Constanza. (*Viendo á Policastro, que se ha acercado.*) Ah...! miradlo!

Policastro. (*Saludándola.*) Señora...!

Ludovico. Al baile, señores, al baile.

Constanza. (*Quedándose sola.*) Otra conjuracion se trama...! y él estaba aqui...! Ah! mañana veré al prior!

Acto segundo.

Interior del convento de agustinos.

ESCENA PRIMERA.

FABIO. *Luego.* GREGORIO.

(*Óyese una campana: los frailes van pasando por la escena: Fabio, que va el último, se queda.*)

Fabio. Ya se fueron: bueno. Si estará mi hombre en la bodega echando algun trago? (*Llamando á una puerta.*) Gregorio...!

Gregorio. (*Saliendo.*) Quién me llama? Ah! que es el hermano Fabio.

Fabio. Pues quién diablos ha de ser?

Gregorio. No diga esas cosas...! Ave María Purísima...!

Fabio. Vamos, no te escandalices y escúchame con atencion. Tú querrás echar un trago...?

Gregorio. Y á qué viene esa pregunta?—Algun pecado gordo me vais á hacer cometer. Vos sereis causa de que yo me condene.

Fabio. Para eso no necesitas tú de nadie. Entérate bien de lo que voy á decirte.

Gregorio. Veamos. Pero mirad que no doy palabra...

Fabio. Vas á la iglesia de Santa María...

Gregorio. Cómo es eso...! á la iglesia...

Fabio. Sí: junto al tercer confesonario de la derecha hallarás una vieja que está siempre allí: se llama Catalina, lleva manto negro; la verás de rodillas, que te edificará.

Gregorio. Es alguna santa...?

Fabio. Asi asi. Le darás esta carta y este ducado.

Gregorio. Las dos cosas son para ella?

Fabio. No: el ducado no mas. La dirás que vaya inmediatamente al palacio del conde Manzoni, ya sabes dónde está.

Gregorio. Ya lo sé; pero...

Fabio. Déjame acabar. Que pregunte por la doncella Leonor, que le dé la carta y aguarde respuesta: tú la recoges y me la traes.

Gregorio. Ba, ba...! Guardad vuestra carta: ya entiendo el negocio: yo no me encargo de semejante comision.

Fabio. Con que no quieres?

Gregorio. No.

Fabio. No alcanzo el motivo.

Gregorio. Vaya...! Me tomais por algun... y la moral...! Sabeis que si el padre prior lo llega á saber...

Fabio. Y quién se lo ha de decir?

Gregorio. Ya; pero mi conciencia...

Fabio. (*Dándole unas monedas.*) Déjate de escrúpulos...! Qué demonios...

Gregorio. Ay Vírgen Santa...! no nombreis al enemigo.

Fabio. Vamos, te decides, no es cierto?

Gregorio. Y qué he de hacer...? pero me meteis en unos laberintos.

Fabio. Si prefieres dejarme salir...

Gregorio. En mitad del dia...! no faltaba mas. Vaya, dadme la carta... Ahi viene el padre prior.

Fabio. (*Dándole la carta.*) Dios me favorezca! sermon tenemos... Yo me escapo. (*Yéndose.*) Acuérdate bien... la vieja que está junto al tercer confesonario... la doncella Leonor... y vuelve pronto.

Gregorio. Bien, bien, marchaos.

ESCENA II.

GREGORIO. EL PRIOR.

Prior. Gregorio, aguardad un instante; tengo que hablaros.

Gregorio. (*Con humildad.*) Aqui estoy, padre prior.

Prior. Hay en el convento algunos novicios que aun no han desechado enteramente las tentaciones del mundo; y es necesario, para que esta santa casa no se convierta en lugar de escándalo, tener con ellos la mayor vigilancia. Las funciones que vos desempeñais...

Gregorio. En cuanto á eso, padre, no tengais el menor cuidado: como encargado de la portería, ya sé mi obligacion.

Prior. Pues sin embargo tenia que deciros que ayer noche un novicio salió clandestinamente del convento.

Gregorio. (*Aparte.*) Ya lo ha olido.

Prior. Y si he de dar crédito á ciertos informes, la cosa se ha repetido varias veces.

Gregorio. (*Fingiendo sorpresa.*) Con unas paredes de 25 pies de altura...! mucho me temo, padre nuestro, que os han inducido en error.

Prior. No me han engañado, Gregorio; y vos lo sabeis mejor que nadie, porque sois quien le ha abierto la puerta.

Gregorio. Yo?

Prior. Y el novicio es Fabio.

Gregorio. (*Aparte.*) Me perdí. — Ah...! El hermano Fabio...? Ah...! sí, señor, padre, sí, señor, es verdad, le dejé salir... porque me dijo... yo no me acuerdo lo que me dijo... pero lo que me dijo me pareció tan puesto en el orden y... vamos, que no tenia respuesta, y como sé que vos le quereis mucho, me dejé ir... digo, le dejé ir... yo que no abro la puerta á una mosca...! y bien pensado, hice mal: verdad que hice mal...?

Prior. Muy mal...! Vos no sabeis cuánto interesa la conservacion de ese jóven.

Gregorio. Perdonad, padre prior: yo no sabia... (*Suena la campana de la portería.*)

Prior. Id á ver quién llama. (*Vase Gregorio.*) — No conviene que esto se trasluzca; y con la reprension que le he dado al portero, ya creo que no se atreverá... Quién llamaba...?

Gregorio. Una muger.

Prior. Ya sé quién es. Hacedla entrar.

Gregorio. Voy.

Prior. Por esta vez, Gregorio, quédese asi la cosa, pero si volveis en adelante...

Gregorio. No saldrá mas, padre prior. No tengais cuidado.

Prior. Bien: id á abrir.

Gregorio. (*Aparte.*) Y en cuanto á recados, este de la carta será el último; y eso porque se lo he ofrecido, y cuando un hombre ofrece... (*Se va.*)

Prior. Pobre condesa...! nada quiero decirla; mas vale que lo ignore.

ESCENA III.

EL PRIOR. CONSTANZA.

Prior. Qué agitacion, señora! qué ha ocurrido...?

Constanza. Y vos me lo preguntais...! Dónde está Fabio...? Ayer y muchas otras veces se ha escapado del convento... no me digais que no: yo le he visto. Decidme, ha vuelto?

Prior. Sí señora.

Constanza. Bendito sea Dios...! pero á qué saldrá...? Si se encuentra conmigo y me reconoce...! Ay padre...! es esto lo que me habiais ofrecido...! acordaos en qué circunstancia os lo entregué: cuando mi esposo, mostrándole el cadáver ensangrentado de su hermano, queria consagrar la vida de aquel angel inocente al odio y á la venganza, en tanto que resonaba en mis oidos aquella tremenda despedida de mi padre... "Tu hijo morirá en algun motin popular ó en un afrentoso cadalso." Yo juré que aquella prediccion no se cumpliria, y vos repetísteis mi juramento: lo habeis olvidado...? Será en vano que me haya separado de mi hijo, que haya hecho creer á mi esposo que nos lo robaron, acusando á mi padre de ese crimen...? Bien lo sabeis: yo tuve valor para calumniar á mi padre, para fingir lágrimas... Ah...! era madre, y hubiera engañado al mismo cielo por salvar á mi hijo...! Marché al destierro sin temer por él. A vuestro lado y con el nombre de Fabio esperaba yo que se criase en el amor del estudio y de la virtud, á fin de poder presentársele á su padre en tiempos mas felices. Engañosa ilusion...! Nuestro destierro ha acabado; pero los odios viven, y mi hijo, mi hijo...! ese bien que yo escondia como el avaro esconde su tesoro, veo que estoy próxima á perderle... veo que un solo dia va á

destruir el fruto de 18 años de afanes...! Mirad si es justa mi desesperacion...! Desde anoche las lágrimas me ahogan! y apenas me he visto libre, he venido á derramarlas en vuestro seno y á daros amargas quejas. Padre mio, qué habeis hecho, qué habeis hecho de mi hijo...?

Prior. Tranquilizoas, señora, tranquilizaos. Salió efectivamente anoche por una condescendencia del portero, á quien ya he reprendido; pero su ausencia fue corta, y le conozco bastante para poder afirmaros que ese paso, aunque imprudente, no os debe inquietar.

Constanza. Padre mio, las discordias civiles, aplacadas un momento, estan á punto de estallar otra vez. El emperador Carlos V ha enviado un ejército contra los franceses, y Policastro está en Milan!

Prior. Es posible!

Constanza. Sí: las revueltas van á empezar, y el corazon me dice que mi hijo ha de perecer en ellas.

Prior. Creis que tomará parte?

Constanza. Juzgadlo por lo que os voy á decir. Le he encontrado en una casa que es el foco de las conspiraciones, y á punto de batirse con un oficial francés.

Prior. Fabio...?

Constanza. Sí: la sangre de Manzoni empieza á hervir en sus venas.

Prior. Yo le interrogaré ahora mismo. Lo que acabais de contarme trastorna todos mis planes y mis esperanzas. Voy á poner en práctica un proyecto que debe desengañar á uno de los dos: ocultaos aqui dentro, y escuchad. (*Éntrase un momento.*)

Constanza. Os obedezco.

Prior. Voy á hacerle llamar.

Constanza. (*Aparte.*) Ah! sea cual fuere el resultado de esta entrevista, llevaré adelante lo que me he propuesto: es un sacrificio cruel; pero no hay otro remedio!

Prior. Aqui viene; entrad, y espero que cesarán vuestros temores.

Constanza. (*Entrando.*) Dios lo quiera!

ESCENA IV.

EL PRIOR. FABIO.

Fabio. Sin duda me llaman al refectorio. — Qué veo! el prior...! No me escapo del sermoncito!

Prior. Acércate, hijo mio.

Fabio. (*Aparte.*) Qué gesto! si habrá averiguado...?

Prior. Tengo que hablarte de cosas que te interesan.

Fabio. (*Aparte.*) Dicho y hecho!

Prior. Dias pasados, Fabio, cumpliste los 20 años, y pronto acabará tu noviciado. Quisiera saber á qué estado te sientes inclinado: ya es tiempo de que te decidas.

Fabio. Lo mismo estaba yo pensando, padre: ya es tiempo de tomar un partido, y que sepa á qué atenerme. Y una vez que se trata de que manifieste mi voluntad, empezaré por deciros lisa y llanamente que no tengo maldita la aficion á los conventos.

Prior. Cielos...! es posible...!

Fabio. Maldita.

Prior. Piensas ser mas feliz en la vida del siglo...?

Fabio. Yo no sé: pero probaremos.

Prior. El hombre debe vivir con el sudor de su rostro. A qué profesion quieres dedicarte? á las artes...?

Fabio. No, señor: para eso se necesita genio, y yo no me siento inspirado.

Prior. A las ciencias...?

Fabio. No, señor, tampoco: me hacen dormir.

Prior. Ya entiendo. Antes de resolverte quieres observar el mundo, y deseas sin duda viajar?

Fabio. Tampoco, tampoco, no, señor: me encuentro muy bien en Milan.

Prior. Y por qué causa...?

Fabio. (*Aparte.*) Eso no se lo digo. Si le descubriese mi amor, sería capaz de excomulgarme.

Prior. No me respondes...?

Fabio. Que por qué me gusta Milan? Porque es mi patria, y la patria de mi madre. Madre mia...! en qué otra ciudad tendria esperanza de encontrarla...?

Prior. Pero en fin, cuál es la profesion á que mas te inclinas?

Fabio. Yo? á la de las armas...!

Prior. Qué oigo...! y contra quién has de pelear?

Fabio. No tengais miedo, padre, que no será contra vos.

Prior. Pero quién te ha infundido esas ideas...? Aqui no hay guerra... todo está tranquilo... la Italia duerme en paz.

Fabio. Y pensais que no puede dispertarse...? pensais que la Lombardía se ha de resignar eternamente á la dominacion estrangera...? No, padre, no: los franceses han concitado contra sí el odio de todo el pais... Yo mismo anoche pillé uno entre manos, y por poco le...

Prior. Qué estás diciendo...?

Fabio. Nada, padre: digo solamente que dia vendrá, y acaso no está lejos, en que para arrojarlos al otro lado de las fronteras, llame la patria á sus valientes defensores... Que me den entonces una espada... una bandera... y al combate! Asi verán los franceses que hasta los mismos claustros brotan soldados contra ellos!

Prior. Hijo mio! qué lenguaje es ese...! asi pagas mis desvelos? No reflexionas las angustias que vas á causar á tu madre? (*Constanza se asoma.*)

Fabio. Mi madre...? creeis que se cuida tanto de mi existencia? Ah...! yo he muerto ya para ella!

Prior. Silencio! Aqui viene tu nodriza: procura contenerte en su presencia.

ESCENA V.

CONSTANZA. FABIO. EL PRIOR.

Fabio. Mi nodriza...! (*Abrazándola.*) Ah! cuánto me alegro de veros! Qué tarde venís hoy!

Constanza. Es que hoy tengo que darte muy tristes noticias, Fabio!

Fabio. Dios mio...! qué ha pasado...? Estais llorando...! hablad, hablad!

Constanza. Pues bien, sabe, hijo mio, que desde ayer tu madre está desolada!

Fabio. Cielos! qué decis...? qué nueva desgracia...?

Constanza. En esta carta lo verás.

Fabio. Dadme, dadme. (*Besándola.*) Oh! madre mia!

Constanza. (*Aparte al prior.*) Ayudadme vos.

Fabio. (*Lee.*) "Hijo mio: un grave peligro amenaza en

este momento tu vida y la mia. Ahora mas que nunca conviene que seas prudente y que te ocultes á los ojos del mundo y de los que quieren tu perdicion. Fabio, hijo mio, si me amas y quieres verme algun dia, es preciso que mañana, sin mas tardar, salgas de Milan y de Italia..." — Salir de Milan...? Y Julia...? Ah! jamas! jamas! — "Irás á España, donde te seguirá mi amor y mi bendicion. El prior te facilitará los medios de hacer el viaje. A Dios: el corazon se me parte! ten presente que muero si mañana no emprendes tu marcha." — Oh! madre mia! qué sacrificio exiges de un hijo que ni siquiera te ha visto una vez! —

Constanza. Y qué respondes?

Fabio. Que partiré!

Constanza. (*Aparte.*) Oh felicidad!

Fabio. Pero con una condicion.

Constanza. Cuál?

Fabio. Estoy harto de no entender los misterios que me rodean. Si no se me declara el secreto de mi familia, no salgo de este convento.

Constanza. Ah! Fabio...! eso que pides es imposible!

Fabio. Imposible...! y por qué...? quién puede impedir que una madre se declare á su hijo...? Que la mia recele de todo el mundo, ya lo entiendo; pero de mí, que me ha llevado en su seno, de mí, que la amo con idolatría, teme que sea capáz de venderla...? Oh! vos misma no lo creeis, y si fuerais mi madre, estoy seguro de que no habria nada en el mundo que os estorbase acercaros á vuestro hijo y decirle al oido: ante los hombres no soy nada para tí; pero ante Dios soy tu madre...!

Constanza. Ah! no es de tu corazon de quien ella desconfia...! lo que teme es tu juventud, tu inesperiencia, y los estímulos de esa sangre que corre en tus venas, y cuyo ardor no ha sido bastante á calmar la educacion del claustro. Quieres saber el secreto de tu nacimiento...? y si esta revelacion atragera sobre tí todos los males que ella quiere alejar, cuándo se consolaria tu madre...?

Fabio. Pero qué males son esos de que todos me hablan y que yo ni sospecho siquiera...? me salvan la vida, pero me la hacen insoportable... esto no puede seguir asi. Vos, que seguramente me amais mas que ella, tened compasion de mí...! Decidme, decidme ese secreto que ella se

niega á revelarme...! su nombre solamente, el nombre de mi madre...! y os juro, á fé de hombre de honor, que le guardaré en lo mas hondo de mi pecho, que nadie en el mundo, ni aun mi madre misma, sabrá que me lo habeis revelado.

Constanza. Calla, hijo mio, calla: qué es lo que me pides...! puedo yo descubrirte un secreto que no es mio...? sería una mala accion, sería un crimen, y no debes abusar del imperio que tienes en mí para hacerme culpada.

Prior. Oye la voz de la razon, hijo mio...! no exijas la revelacion de un secreto cuyas fatales resultas no puedes calcular. Siempre me has dado pruebas de resignacion...

Fabio. Es verdad, padre; pero la paciencia se me ha acabado. No sabeis vos lo que me costaría esta partida... Y en fin, mi resolucion es irrevocable.

Prior. Infeliz madre...!

Constanza. La mia tambien, Fabio; y puesto que nada te convence, puesto que eres insensible á las lágrimas de tu madre, puesto que hasta mis súplicas desoyes... á Dios, pero á Dios para siempre...!

Fabio. Qué decís?

Constanza. Que no te volveré á ver.

Fabio. (*Deteniéndola.*) Ah! eso no...! eso no...! yo partiré...!

Constanza. Te doy gracias, Dios mio. Ah Fabio! el sacrificio que haces á tu madre la consolará de todas sus penas.

Fabio. Se lo haré completo, señora: idos ya, id á tranquilizar á mi madre: decidla que me someto á su voluntad.

Constanza. (*Abrazándole.*) Bien, hijo mio...! A Dios! volveré á verte.

Fabio. Sí, sí, volved. (*Se va acompañado del Prior.*)

ESCENA VI.

FABIO.

Partir...! partir...! y Julia, á quien he prometido... qué haré...? pero yo cuento el verla como seguro, y acaso me engaño. Sin embargo si ha leido mi carta, en ella la

digo una cosa que quizá la obligue á escucharme... La ofrezco esplicar los motivos que tuve para enredar el lance de anoche... pero acaso me enviará á su tio ó á su tia... ah! eso no: yo conozco su corazon; no querrá irritar al conde, ni causar una pesadumbre á la condesa... Y este diablo de Gregorio que no vuelve...!

ESCENA VII.

FABIO, GREGORIO.

Gregorio. (*Algo alegre.*) Aqui estoy yo.

Fabio. Gracias á Dios.—La encontraste?

Gregorio. A la vieja? vaya...! al momento. Y qué lista, y qué arrugadita es.

Fabio. Bien, bien: al grano.

Gregorio. El grano es que fue, y yo fuí tambien á esperarla junto á la puerta nueva... alli á la taberna de San Ambrosio.

Fabio. A la taberna, eh...? no necesitabas decirlo.

Gregorio. Pues, y como San Ambrosio es patron de Milan, me puse bajo su proteccion, y el Santo bendito para que no me atormentase tanto el pecado que estaba cometiendo, dispuso que me marease un poco...

Fabio. Eh...! no me cuentes eso: vamos al caso.

Gregorio. Vamos allá. Pues señor, al cabo de tres cuartos de legua... digo de tres cuartos de hora, cata la vieja que vuelve... y tan arrugadita, y tan...

Fabio. Dale! acabas hoy...?

Gregorio. Pues señor, parece que no estaban de humor de responderos; pero...

Fabio. No traes carta?

Gregorio. Sí, señor, gracias á la doncella, que...

Fabio. Vamos, dámela.

Gregorio. Ya podeis ponerla dos luces á la tal doncella... digo, segun me dijo la vieja.

Fabio. La carta, la carta...!

Gregorio. Dejad que la busque.

Fabio. (*Aparte.*) Me ha escrito...! Julia mia...!

Gregorio. Tengo los bolsillos como el arca de Noé... (*Sacando varias cosas.*) Calla...! esto es pan... este es el

rosario... la llave de la puerta... Vaya un padazo de llave...! para llevarla todo el dia encima.

Fabio. Aqui tengo yo la de mi celda, que tampoco es floja.

Gregorio. Ahi va la carta.

Fabio. Gracias á Dios...! al fin voy á saber... (*Desdoblándola.*) Qué garabatos son estos? (*Lee.*) "Cuenta del tabernero..."

Gregorio. Venga acá: si es esta otra.

Fabio. Ah! veamos. (*Despues de leer.*) Consiente...! Bien me lo daba el corazon...! asi podré despedirme de ella, y saber antes de partir el nombre de mi rival. Ah! voy á verla, á verla por la última vez.

Gregorio. Eh...! poco á poco.

Fabio. Eh? qué dices...?

Gregorio. Digo que poco á poco.

Fabio. Y qué quiere decir poco á poco?

Gregorio. Quiere decir, que me han mandado que no os deje salir.

Fabio. Cómo...! han averiguado...!

Gregorio. Todito.

Fabio. Qué oigo...!

Gregorio. Y me han echado una buena filipita por causa vuestra: andando...!

Fabio. Cuándo? quién? habla, esplícate.

Gregorio. El padre prior, hace un rato.

Fabio. Ah! todo se ha perdido. (*Suena una campana.*)

Gregorio. La oracion...! vamos á vísperas: luego os contaré...

Fabio. Fatal contratiempo...! verme encerrado en estos momentos! ah...! me moriré de rabia.

Gregorio. Silencio...!

ESCENA VIII.

DICHOS. EL PRIOR *y* LOS FRAILES.

Prior. (*Aparte.*) Los dos juntos...! vamos, es preciso poner remedio. (*Adelantándose.*) Gregorio, desde hoy quedais relevado de la portería.

Gregorio. (*Aparte.*) Santo Angel de la Guarda!

Prior. Entregadme al instante la llave.

Gregorio. (*Aparte.*) Esto se llama ser víctima...!

Prior. (*A un lego.*) Hermano Antonio, conozco vuestro celo, y á vos la confio. (*Gregorio, sacando varias cosas del bolsillo, deja caer la llave. Fabio se baja á recogerla y la trueca con la suya, que le da á Gregorio.*)

Gregorio. Tomadla, padre prior.

Fabio. (*Aparte.*) La de mi celda: pero la de la puerta... aqui está...

Acto tercero.

Un salon del palacio de Manzoni. Puerta grande de entrada en el foro: otras dos á la izquierda, una que da á la habitacion de la condesa, y otra á la de Julia; y á la derecha un balcon. Una mesa, y en ella una lámpara encendida.

ESCENA PRIMERA.

CONSTANZA. JULIA. *Luego* LUDOVICO.

(*Ambas estan sentadas: Julia tiene un libro abierto.*)

Constanza. No sigues leyendo, Julia?
Julia. Creí que no me oíais: estais tan triste!
Constanza. Sí te oigo, hija mia: lee, lee.
Ludovico. (*Aparte saliendo.*) Aun estan aqui!
Julia. Mi tio!
Ludovico. Tan tarde, y sin recogeros!
Julia. Es verdad; pero mi tia quiere que lea. Yo bien la he dicho...
Ludovico. Constanza, no te atormentes asi! vamos, entra en tu habitacion: necesitas descansar.
Constanza. No tal, si no tengo nada...
Ludovico. La alteracion de tu rostro desmiente esas palabras.
Constanza. Y ademas no es el sueño el que ha de dar paz á mi alma.
Julia. (*Levantándose.*) Pues yo, si quereis, me retiraré.
Ludovico. Sí, hija mia, anda y descansa.

Constanza. Y consulta contigo misma, Julia, acerca del casamiento que te he propuesto: mira que mañana te has de resolver.

Julia. Lo haré como lo ofrecí, tia: mañana os responderé.

Ludovico. (*Aparte.*) Mañana ya será tarde!

Julia. (*Aparte.*) Son las doce: ya es la hora! (*Éntrase en su cuarto.*)

Constanza. Y tú, Ludovico, no te recoges?

Ludovico. Sí; dentro de un rato...

Constanza. Esperas á alguno...? A Policastro quizá...?

Ludovico. Vamos, Constanza, no seas cavilosa! — Ya sabes que siempre visito la casa antes de recogerme.

Constanza. Lo que tú quieras! A mí qué me has de decir...! Pero Policastro está en Milan, y esto basta para que yo no sosiegue. — En fin, á Dios!

Ludovico. Hasta luego. (*Vase la condesa.*) Ya estoy solo: creí que no se marchaba en toda la noche! (*Vase por el foro cerrando la puerta.*)

ESCENA II.

JULIA.

(*Vuelve á salir con precaucion.*) Ya se marcharon. Ay! yo tiemblo! Dios mio, tú que ves mi intencion, dame valor! Bajemos pronto, antes que vuelva mi tio. (*Va á la puerta del foro.*) Cielos! la puerta está cerrada! qué fatalidad es esta? Si será que sospechen... No es posible: en qué pueden haberlo conocido? — Qué haré, Dios mio...? qué haré...? Y estoy segura de que él ha venido puntual á la hora...! Sí! ya me estará esperando! — Qué pensará...? cómo podria avisarle...? (*Llega á la ventana.*) Ah! por aqui: veré si ha entrado en el jardin. — Sí, sí: alli está: él es! (*Hablando con él.*) Me han encerrado en esta sala: no puedo hablaros por hoy; es imposible. — Decís que no hay nada imposible? Sois muy temerario! Pero si estoy encerrada, cómo quereis que baje? Mañana á la noche nos veremos en Santa María. A Dios: marchaos pronto! (*Retírase del balcon.*) Tendré paciencia por hoy: y me hubiera alegrado de hablarle, para que me contase lo que me ha ofrecido. Cómo ha de ser. Pobre jóven! qué desconsolado se habrá ido!

ESCENA III.

JULIA. FABIO.

Fabio. (*Entrando por el balcon.*) Por aqui me cuelo.

Julia. Dios mio...! qué es eso...! por el balcon...? cómo os atreveis...?

Fabio. La altura no es gran cosa: no me lo agradezcais.

Julia. Pero es mucha osadía entrar asi por un balcon...

Fabio. Y cuando la puerta está cerrada, por dónde quereis que entre?

Julia. Pero yo os habia dicho ya...

Fabio. Me habiais dicho que no podíais bajar... y por eso he subido yo.

Julia. Mañana nos hubieramos visto en Santa María...

Fabio. Mañana, Julia...? Ah! mañana sería ya tarde!

Julia. Cómo?

Fabio. Vengo á daros el último á Dios!

Julia. Vais á partir?

Fabio. Sí, á España: mi madre lo manda, y debo obedecer.

Julia. Cielos! con que habeis visto á vuestra madre?

Fabio. No; pero me ha escrito, segun acostumbra, una carta llena de amor y de ternura, en que me pide que parta, si quiero asegurar su tranquilidad y verla algun dia... porque hasta ahora no la conozco!

Julia. Cómo...? con que no habeis adelantado nada desde ayer?

Fabio. Nada, Julia!

Julia. Con que no hay esperanza...? Ah! infeliz!

Fabio. Ninguna; pero si teneis un poco de paciencia, y me quereis esperar, yo os ofrezco volver con un título, con un grado... porque habeis de saber... y esto no se lo he dicho á mi nodriza, que voy á sentar plaza en el ejército del emperador Carlos V, y alli me han de matar, ó he de hacer carrera.

Julia. Ah! qué horror!

Fabio. Y qué remedio? Mis padres me niegan su nombre, y es preciso que me busque uno yo mismo.

Julia. Pues no señor! debeis renunciar á ese proyecto por vuestro propio interes, por el interes de las personas que os quieren. Para eso os envía vuestra madre á Es-

paña...? para ir á esponer vuestra vida? No señor, os envía para protejeros, para salvaros. Por lo que hace á mí, ya estoy resuelta: si no me obligan por la fuerza, esperaré en un convento á que volvais.

Fabio. En un convento!

Julia. No hablemos mas de esto... Me habeis dicho que queriais verme para descubrirme cierto misterio acerca del lance en que mi tio estuvo para ser víctima de tres asesinos: contádmelo, pues, ó creeré que solo ha sido un pretesto para que os recibiera.

Fabio. Y cuando eso fuera, no me justifica bastante mi amor?

Julia. Con que me habeis engañado?

Fabio. No, Julia: gracias á Dios, yo no sé mentir.—Escuchad, puesto que lo quereis. Cuando los tres asesinos huyeron ante el hombre desconocido que socorrió á vuestro tio, el defensor misterioso los siguió á lo lejos, y observó que se entraron en el palacio del gobernador. Cabe duda de que alli se fraguó el atentado?

Julia. Cielos! qué me decís? Es imposible: si ahora precisamente trata el gobernador de enlazarse con nuestra familia, y ha pedido mi mano para su sobrino Gaston de Foix...

Fabio. Gaston...? el insolente que tuve yo ayer bajo mi espada?

Julia. Ah! qué es lo que he dicho!

Fabio. Ese es mi rival...! y mañana parto sin haberme vengado!

Julia. Me haceis temblar!

Fabio. Julia, en nombre del cielo, no deis la mano á ese hombre: ya os afirmo que los asesinos que acometieron á vuestro tio eran pagados por el gobernador, ó quizá por el mismo Gaston.

Julia. Pero qué objeto pueden llevar...?

Fabio. Claro está: que se aumenten vuestros bienes con los de vuestro tio, de quien sois única heredera... Lo entendeis ahora?

Julia. Ah! qué horror! una trama tan inicua... Pero yo no acabo de creerlo: no entrarian en el palacio del gobernador: el que lo ha dicho no podrá probarlo...

Fabio. Quereis mas prueba que esta? Yo los vi.

Julia. Vos...? Luego fuísteis vos quien le defendió?

Fabio. A qué ocultarlo...? Sí, señora, yo fuí. No os lo queria decir...

Julia. Y por qué me lo habeis ocultado?

Fabio. Vamos, no me riñais otra vez. Y ya que os lo he descubierto, aprovechad la noticia. Decidle á vuestro tio que desconfie del gobernador. Sin ir mas lejos, esta misma noche he visto unos hombres de facha siniestra rondando esta casa.

Julia. Que tal vez os habrán visto?

Fabio. Oh! ya he tenido cuidado de ocultarme; pero noté que se hacian señas de inteligencia, y...

Julia. Callad...! (*Indicando el foro.*) Por alli... me parece que he oido...

Fabio. En efecto... se oyen pasos... vienen hácia aqui...

Julia. Será sin duda mi tio...

Fabio. A Dios, Julia... no quiero que nos halle juntos. Acordaos alguna vez de Fabio!

Julia. Ah! siempre! siempre...! Pero idos, y cuidad de que no os vean!

Fabio. No temais. (*Al saltar el balcon, se detiene.*) Cielos...! Hay al pie del balcon unos hombres que parecen estar como de centinela.

Julia. Dios mio! Qué querrá decir esto...? Y qué haremos...? Por dónde os escapareis?

Fabio. Ese cuarto...

Julia. Es la habitacion de mi tia...! qué haceis...! Aguardad, yo me iré con ella... entrad vos alli, que es mi cuarto.

Fabio. Vuestro cuarto...! No, Julia, no...! Si me hallaran en él, pensarian... No, no: antes morir que comprometer vuestro honor! — Me quedaré en este balcon... aqui estaré oculto. Ya vienen... no temais por mí... marchaos...! marchaos...!

Julia. (*Entrándose.*) Dios mio! defendedle!

ESCENA IV.

LUDOVICO. SIMONETTA. CONJURADOS. *Luego* POLICASTRO.

Simonetta. Habeis tomado todas las precauciones necesarias, señor conde?

Ludovico. Sí, sí: fiad en mi prudencia.

Simonetta. Es que me habeis metido en un laberinto de

consecuencias... de graves consecuencias...! y en semejantes casos no me fio yo mas que de mí solo... y aun asi, no sé yo si puede uno responder de sí propio!—Adónde dan estas puertas?

Ludovico. Esa al cuarto de mi muger, y esa al de mi sobrina.

Simonetta. Malo...! las mugeres suelen tener un oido...! mejor será echar los respectivos cerrojos.

Ludovico. Señores, estamos todos?

Los conjurados. Todos!

Policastro. (*Saliendo.*) Todos, escepto los que quedan abajo de centinela.

Ludovico. Bien está. Escuso deciros, señores, el objeto de nuestra reunion: la empresa no puede ser mas santa y legítima, y los mas sufridos de entre nosotros estan ya persuadidos de que es llegado el momento de obrar. Harto tiempo llevamos de sufrir el yugo de los estrangeros, de ver robadas por ellos nuestras fortunas, mancillado nuestro honor! Por dicha, el valor no se ha estinguido en el pecho milanés, y ya es hora de dispertarlo. No se trata de un motin parcial, que sirva solo para remachar mas nuestros grillos, no! Se trata de un alzamiento grande, poderoso! El gran monarca español, el invicto emperador Carlos V, dolido de nuestros males, envía á socorrernos un numeroso ejército: el pontífice Leon X nos proteje tambien. La mayor parte de las tropas francesas que guarnecian esta ciudad han marchado, de orden del rey Francisco I, á hacer frente á los españoles, que tienen sus reales en Pavía. Este es el momento! demos el golpe: pero démosle con buena direccion y consejo.—Policastro, tú dirigirás el ataque del arsenal: tú, Juan Simonetta, el del palacio del gobernador: yo cuidaré de derramar el oro á manos llenas, proveer de armas y municiones, y recoger los heridos... Quedamos en esto?

Todos. Sí, sí!

Policastro. Apruebo el plan; pero cuál será la señal del alzamiento?

Ludovico. Recorred las calles gritando: Milan y libertad: á las armas!

Policastro. Eso no basta. La voz de algunos hombres asi esparcidos puede ser facilmente sofocada por los franceses. Yo, con vuestro permiso, tengo otra señal mejor.—

Para esparcir el terror entre los franceses, para levantar á la vez á los habitantes de Milan y á los de la campiña vecina, puedo disponer de una voz poderosa, atronadora, que parecerá que viene del cielo á dispertarnos! Al rayar el dia haré que lance su sonido fúnebre la campana mayor del Domo, que no se toca sino en solemnes ocasiones... Cuál mas solemne que esta en que va á anunciar al mundo nuestra independencia!

Ludovico. Y tú puedes...?

Policastro. Sí: he ganado al campanero de la catedral: solo falta hallar ahora dos hombres arrojados que se resuelvan á subir, encerrarse en el Domo, y hacerla sonar sin descanso... hasta morir alli; porque los franceses irán ante todas cosas á impedir que continúe sonando. Uno de esos hombres soy yo: quién quiere ser el otro?

Todos. Yo...! yo...!

Ludovico. Bien, amigos...! Bien, Policastro...!

Policastro. Y á quién elegimos ahora entre tantos valientes? Yo no quiero postergar á ninguno: la suerte decidirá. Escríbanse los nombres de todos en sendas papeletas, y échense... aqui... en mi sombrero.

Todos. Sí, sí! (*Todos escriben en papeles que habrá en la mesa.*)

Un conjurado. (*A Simonetta.*) Y tú no escribes?

Simonetta. Vaya...! Sí señor! (*Aparte.*) Quién le meterá á este á advertirme... cuando nadie habia notado...—Pues ya que es tan valiente, en lugar de mi nombre voy á poner el suyo. (*Escribe.*)

Ludovico. (*A Policastro.*) Tienes tú confianza en ese hombre que te ha de franquear la subida al Domo?

Policastro. Es conocido antiguo... y buen milanés: ademas no puede sospechar de qué se trata, porque yo no os he nombrado.

Simonetta. (*Aparte.*) Ay! Dios! lo que me ocurre! si á algun otro se le ha antojado hacer con mi nombre lo que yo he hecho con el de ese quidam...! Dios me favorezca...! si sale mi nombre soy muerto!

Policastro. Amigos: la suerte va á decidir. (*Óyese cantar dentro.*) Silencio: es un aviso de los centinelas: qué habrán visto? (*Abre el balcon.*) Traicion! un hombre aqui escondido.

ESCENA V.

DICHOS. FABIO.

(*Policastro saca con violencia á Fabio, cuya capa se cae al suelo.*)

Fabio. A Dios...! me cogieron entre dos fuegos!

Conjurados. Que muera! que muera...!

Fabio. Mas bajo, señores, que pueden oiros.

Conjurados. Que muera...!

Ludovico. Deteneos... esta voz...!

Fabio. Ayer noche, señor conde, me tomaron por un conspirador; hoy me toman por un espía: tengo mala estrella.

Ludovico. Señores, tres dias há que este jóven me salvó la vida...

Policastro. Este...?

Ludovico. Yo le tomo bajo mi proteccion; pero esta es la segunda vez que le encuentro en mi casa, sin poder esplicarme el objeto. Qué venís á hacer aqui...?

Fabio. Ya que es necesario esplicarme, diré que la misma razon que me trajo ayer, me ha traido hoy. Lo que mas siento, y no me lo perdonaré jamas, es haber comprometido con mi conducta á una jóven que no lo merecia.

Ludovico. A una jóven?

Fabio. A una de las camareras de la señora condesa.

Ludovico. Su nombre, caballero, su nombre...?

Fabio. Podeis matarme, pero jamas lo diré.

Ludovico. Vuestra conducta es atrevida; pero sé que sois valiente y os creo hombre de honor. Retiraos, pues, jurándonos antes...

Fabio. Sí, señor conde, yo os juro...

Policastro. Poco á poco: esto no puede quedarse asi; yo por mi parte no lo consiento. Si vuestra generosidad no comprometiese á nadie mas que á vos mismo, en hora buena; pero del silencio de este jóven depende la vida de cada uno de nosotros, y la suerte de la patria: él lo ha oido todo...

Fabio. Sin perder una sílaba, y voto á brios, camarada, que la idea de la campana es escelente y os doy por ella el parabien.

Policastro. Se está burlando...!

Fabio. No tal...! digo que la apruebo, y apruebo todo, el plan, el objeto, todo: porque habeis de saber que aborrezco á los franceses tanto como vosotros; que se me enciende el rostro de vergüenza cuando contemplo el miserable estado á que esos estrangeros han reducido el glorioso ducado de los Esforcia y los Visconti. En fin, qué quereis que os diga? Soy vuestro con el alma y el brazo...! Miradme bien: tengo yo cara de traidor?

Policastro. Amigo mio, no hay que fiarse en las caras; y para tenerte seguro, no me separaré de tí. Si efectivamente piensas como nosotros, no te negarás á servirnos. Amigos, no hay que sacar ningun nombre á la suerte; este jóven subirá conmigo al Domo, y yo os respondo de que tocará con alma!

Fabio. Yo?

Policastro. Tienes miedo?

Ludovico. Eso no, que es valiente.

Fabio. A qué hora me soltareis?

Policastro. Dos horas despues de salir el sol estarás libre, ó muerto.

Fabio. (*Aparte.*) Corramos el albur, y en seguida cumpliré la orden de mi madre. — Estoy pronto. (*Golpes á la puerta lateral.*)

Ludovico. Es la condesa...! marchad...! marchad...! pronto os seguiré.

Policastro. (*Llevándose á Fabio.*) Ven conmigo.

Fabio. A la mano de Dios... (*Se van.*)

Constanza. (*Dentro.*) Soy yo, Ludovico: abre... estás ahí?

Ludovico. No quiero que me vea. (*Abriendo la otra puerta.*) Dejaré salir á Julia, y ella la abrirá. (*Se va por el foro.*)

ESCENA VI.

JULIA. *Luego* CONSTANZA.

Julia. Quién da golpes? Quién llama? Dios mio, qué ha pasado aqui?

Constanza. (*Dando golpes.*) Abrid en nombre del cielo, abrid...!

Julia. (*Abriendo.*) Qué oigo...! mi tia...!

Constanza. Eres tú? tú estabas aqui? Tanto mejor: asi po-

drás decirme... Esta sala estaba llena de gente, no es verdad...? Tú has oido como yo pisadas, voces confusas...

Julia. Sí...

Constanza. Y qué mas?

Julia. No he podido entender lo que hablaban; pero he conocido la voz de algunos: la de mi tio, la de aquel peregrino...

Constanza. Policastro! bien lo dije yo...! Acaba.

Julia. Todos ellos lanzaban gritos de muerte...

Constanza. Contra quién?

Julia. No sé: el miedo nubló mis ojos, y casi me hizo caer en tierra.

Constanza. (*Aparte.*) Ah! no me engañaba yo...

Julia. (*Aparte.*) Si habrá podido escaparse...? cómo lo averiguaria? (*Viendo la capa de Fabio.*) Una capa...! es la suya...! ah! le descubrieron al fin...! y le han muerto...! le han muerto...!

Constanza. A quién? á tu tio?

Julia. No, no es á él...!

Constanza. Pues á quién, infeliz...? esplícate.

Julia. Sí! os lo diré todo! Cuando ellos vinieron, habia aqui un jóven...

Constanza. Contigo...?

Julia. Al oir el ruido se ocultó en ese balcon, y yo me retiré á mi cuarto; pero esta capa es la suya... Sí! le han descubierto: no hay duda... y aquellos gritos de muerte eran contra él! Sí; le han muerto, os digo que le han muerto!

Constanza. Gran Dios! un crimen semejante...! Pero no, el conde no lo hubiera consentido. Ah! pobre Julia, te veo tan afligida que no tengo valor para reprenderte, aunque tu culpa es grande.

Julia. Ah! perdonadme, este amor no me atrevía á confesarlo ni aun á mí misma... la condicion de este jóven era tan equívoca...! solo en el mundo, sin padres, sin carrera, y lo que es mas estraño, criado en un convento de agustinos, de donde algunas noches solia escaparse...

Constanza. Julia...! qué estas diciendo...? tú deliras... y á mí tambien quieres volverme loca...! dices que ese jóven... su nombre...! pronto, dime su nombre!

Julia. Fabio.

Constanza. Fabio...! ah...! maldita seas, que le has traido á la muerte!

Julia. Señora...!

Constanza. Ah...! estaba de Dios que la prediccion de mi padre se habia de cumplir...! sí, dices bien... se escondió en ese balcon... le encontraron... y esos gritos de muerte... ah! Policastro estaba aqui, y ese infame es capaz de todo...! Vamos, volemos en su socorro... qué hacemos aqui...?

Julia. En su socorro...! y adónde...?

Constanza. Qué sé yo adónde...? Dios me guiará. (*Corren hácia el foro: aparece el conde.*)

ESCENA VII.

LUDOVICO. CONSTANZA. JULIA.

Constanza. Ludovico...! de dónde vienes...? le habeis muerto...

Ludovico. A quién?

Julia. Señora...

Constanza. Tú has recibido aqui á los conjurados... no me lo niegues, lo sé: he oido los gritos de muerte que habeis lanzado contra un jóven... contra un... qué sé yo...! contra uno de los vuestros. Dime, dime, esas amenazas... se han cumplido? Respóndeme, Ludovico...! Para que estos sitios no me causen horror, dime que ese infeliz no ha muerto!

Ludovico. Vive, Constanza; y te juro que hubieran derramado toda mi sangre antes que una gota de la suya.

Julia. (*Aparte.*) Se ha salvado!

Constanza. Ah! Dios te bendiga por esas palabras! No sabes el peso que me quitas del corazon!

Ludovico. Pues qué interes...?

Constanza. Ninguno...! la humanidad... el interes de vuestra propia gloria... no es esto bastante?—Pero hablemos de tí, Ludovico, hablemos ahora de tí. Te digo que corres á tu perdicion. Os habeis figurado que la ocasion es favorable, y que el éxito de la revolucion está asegurado. Pues bien, yo os digo que ahora, como antes, los franceses la ahogarán en la sangre de los conjurados. Ah! Ludovico, si me amas como dices, renuncia en nombre de nuestro amor á ese sue-

ño generoso que tantas lágrimas nos ha costado, y que esta vez te costará la vida! Tú estás en gracia de los vencedores: implora su clemencia en favor de tus conciudadanos oprimidos; ruega, solicita, importuna... pero nada de rebelion... mira que has de perecer en ella!—Julia, échate como yo á los pies de tu tio, ven á rogarle que conserve una vida que solo á nosotras nos pertenece!

Ludovido. Primero pertenece á la patria, que yo he jurado libertar!—Julia, has olvidado que los franceses asesinaron á tu padre...? Constanza, has olvidado tú que nos robaron nuestro hijo? Los viles han querido estinguir mi familia: yo les probaré que no lo han logrado, dejándome á mí con vida!

Constanza. Y quién sabe si algun dia le llegaremos á recobrar? Mi hijo no ha muerto: te lo he dicho mil veces, y te lo repito ahora. Jura que no le harás nunca instrumento de tus venganzas, y quién sabe? Dios puede hacer un milagro y volverlo á tus brazos!

Ludovico. Constanza, no delires! Esa esperanza que estás alimentando...—Ah! ya viene el dia...! ya va á salir el sol!—Constanza... Julia... La campana del Domo va á sonar, dando al pueblo la señal del combate. Ya veis que no es hora de retroceder.

Constanza. (*Aparte.*) Ah! no le descubro el secreto.

Ludovico. Que silencio...! ya ha amanecido... y nada se oye...! Habrá hallado Policastro algun obstáculo...?

ESCENA VIII.

DICHOS. POLICASTRO.

Policastro. Alerta, señor conde, que estamos vendidos!

Constanza. Cielos!

Ludovico. Vendidos...! Cómo? por quién?

Policastro. Por ese infame que debia franquearnos la subida del Domo... Traidor...! un amigo de veinte años...! Fiaos en los amigos...! Pero yo le juro que si alguna vez le encuentro... Por fin, yo pude escaparme, pero el pobre mozo que fue conmigo ha quedado en las uñas de los franceses: yo le tengo por hombre de corazon; pero si lo aplican al tormento...

en fin, señor conde, conviene que nos pongamos en seguridad.

Constanza. Desgraciado...! hé aqui tu obra!

Policastro. A la orilla derecha del Adda, junto á la embocadura del canal grande, tenemos un amigo, un pescador llamado Cristóbal, fiel á toda prueba: en su cabaña estareis seguro. Venid, y os llevaré; pero será por poco: la empresa va bien, muy bien...! Y ademas, puede que el preso tenga tal firmeza que no declare nada.

Ludovico. Infeliz jóven! Bien á su pesar os acompañó!

Policastro. Y qué remedio...? Él habia oido nuestro plan...

Constanza. Aguardad...! Decidme...! ese jóven que han preso... y que decís que aplicarán al tormento... dónde... dónde le hallásteis...? No fue aqui... en ese balcon?

Ludovico. Sí.

Constanza. Ah! Dios Eterno! (*Cae desmayada.*)

Julia. Fabio...! Fabio...! (*Abrazándose á la condesa.*)

Ludovico. Se ha desmayado...! Cielos...! Pues ese jóven... cómo sabia ella...? Quién pudo decirle...? Qué sospecha...

Policastro. Ya vienen á prenderos...! huyamos...!

Ludovico. Déjame apurar...

Policastro. (*Llevándosele por una puerta lateral.*) Ya no hay tiempo...! Venid...! venid...! (*Desaparecen por un lado, á tiempo que los soldados franceses derriban la puerta del foro y aparecen por ella.*)

Acto cuarto.

Interior del castillo de Milan. Un vestíbulo con ventana á un lado, y en el fondo una galería que comunica por una parte á la habitacion del gobernador, y por otra á lo esterior. Mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

FABIO. GUARDIAS.

(*Fabio está sentado junto á la mesa: los guardias se pasean por el foro. Dan las cuatro.*)

Fabio. Las cuatro...! Qué diablo! ya empiezo á cansarme de esperar... Y luego me han tocado esos dos sayones tan poco sociables... (*Se levanta.*) Pero á qué demonio me traen aqui...? Querrá volverme á interrogar el gobernador...? Ó será tal vez para enviarme á morir? En ese caso, podian dispensarme de hacer antesala. Morir...! quién me hubiera dicho que mi última escapatoria del convento habia de tener tan fatales consecuencias...? Y qué será de mi pobre madre cuando lo sepa...! Ahora veo cuán fundados eran sus temores...! yo debí obedecerla y salir de Milan en el momento.—Pero cómo es que estos hombres, tan avezados á conspiraciones, van á fiarse del primero que se les presenta? Alli caimos en el lazo como dos pajaritos.—Alguien viene... vamos á ver qué hacen de mí.

ESCENA II.

FABIO. GASTON. GUARDIAS.

Gaston. (*A los guardias.*) Cuidad que nadie se acerque.

Fabio. (*Aparte.*) Es Gaston... lo esperaba!

Gaston. (*Sentándose despues de haber mirado á Fabio.*) Acusado, vengo con comision del gobernador á interrogaros por última vez.

Fabio. Pues yo creí que en este momento los negocios del Estado no os dejarian perder el tiempo en preguntar á quien sabeis que no ha de responder.

Gaston. (*Aparte.*) Dónde he oido yo esta voz? (*Mirándole con atencion.*) Ya os convencereis de que no perdemos tiempo, cuando veais que, á pesar de vuestro silencio, sabemos quién sois.

Fabio. De veras?

Gaston. Vuestro nombre es Fabio, y perteneceis al convento de agustinos.

Fabio. Es verdad...! veo que teneis buenas noticias... Pero os juro que ningun individuo de la comunidad ha tenido que ver...

Gaston. No defendais á nadie: harto hareis en defenderos vos mismo.

Fabio. Ese cuidado lo dejo á mi conciencia; y el de absolverme, á Dios. Me figuro ya cuál es mi sentencia; y la única gracia que os pido es ver un instante al prior del convento donde me he criado: me la negareis?

Gaston. Otra gracia vengo ó ofreceros.

Fabio. Cuál?

Gaston. La vida.

Fabio. La vida?

Gaston. Con una condicion.

Fabio. Cuál es?

Gaston. Que nos digais el nombre de vuestros cómplices.

Fabio. Con esa condicion no aceptaria ni aun el ver á mi madre... y habeis de saber que no la he visto en mi vida.

Gaston. Con que os negais?

Fabio. Id á proponérselo al cobarde que me ha vendido: ese puede que os responda.

Gaston. Ese, que asi llamais, es un fiel servidor del rey cristianísimo, y no conoce mas que á Policastro.

Fabio. Pues en eso estamos iguales; porque tampoco yo sé los nombres de los demas... si es que hay otros.

Gaston. Sí los hay. Hasta aqui no he tenido mas que sospechas; pero ahora estoy plenamente convencido.

Fabio. Por qué?

Gaston. Porque ya caigo en quién sois, mocito, el de las aventuras nocturnas...! Negarás que antenoche te encontré en casa del conde Manzoni?

Fabio. Y esa es prueba suficiente para acusarlo?

Gaston. No te lo parece á tí?

Fabio. Pues qué, no sabes el motivo que alli me conducia?

Gaston. El amor de su sobrina...? Pretesto con que á mí no me deslumbras. Ademas, que no es esa la única prueba; y hoy, al amanecer, se ha dado la orden de prenderlo: no se nos escapará.

Fabio. Es posible...! Ah! sus virtudes son las que os incitan á la venganza! — Con que, segun eso, renuncias á la mano de Julia?

Gaston. Qué error! Yo no soy quien ha mandado hacer esa prision: la responsabilidad no cae sobre mí... ademas, la condesa Manzoni es francesa, y... En fin, de todos modos, Julia será mia.

Fabio. Nunca...! no lo esperes...! porque has de saber que Julia te aborrece... y á quien ama es á mí... no lo dudes!

Gaston. A tí?

Fabio. A mí... á mí...! aunque sin fortuna y sin nombre, me prefiere... Porque tú eres un hombre sin corazon...! Sí...! porque si corriera por tus venas sangre noble, despues de lo que ha pasado entre nosotros procurarias vengarte, no con el hacha del verdugo, sino con la espada de caballero!

Gaston. No teneis mas que decir?

Fabio. No te he dicho bastante?

Gaston. Guardias! (*Se acercan.*) volved al preso á la torre.

Fabio. Y cuál es la hora de ir al cadalso?

Gaston. El gobernador la fijará.

Fabio. Corriente. (*Aparte.*) Oh! madre mia...! Oh! Julia...! vuestro será mi último suspiro! (*A los guardias.*) Vamos. (*Al dirigirse al foro se encuentra con Juan Simonetta, que viene entre soldados.*)

Simonetta. (*Conociéndole.*) Ay! (*Fabio se aleja, haciendo que no repara en él.*)

ESCENA III.

GASTON. SIMONETTA. GUARDIAS.

Gaston. Conoceis á ese hombre?

Simonetta. Quién? yo...? no, señor?

Gaston. Bien está. (*Sentándose.*) Escuchadme.

Simonetta. Hablad, señor, porque estoy con suma curiosidad de saber la causa de este arresto... que á la verdad... no sé á qué...

Gaston. No sabeis, eh?

Simonetta. Absolutamente nada! Y lo siento... porque siempre le gusta á uno enterarse...

Gaston. La aproximacion de las tropas españolas y el suceso de la noche pasada, han producido alguna conmocion en el pueblo: eso ya lo sabreis?

Simonetta. Sí, señor... es decir, no... yo no sé nada; pero cuando vos lo decís, lo creo.

Gaston. Podria suceder que la gente acomodada tratase de unirse á la plebe para intentar una revolucion, y como vos sois uno de los principales comerciantes, hemos asegurado vuestra persona para tenerla como en rehenes. No es mas que una medida de precaucion, ya entendeis?

Simonetta. Pero, y si á pesar de todo se les ocurriera alborotarse?

Gaston. Entonces vos respondeis per ellos, y sereis probablemente ahorcado.

Simonetta. (*Aparte.*) Anda...! para meterse á gefe de nada!

Gaston. Pero aun hay mas.

Simonetta. Mas? Pues yo creí que no podia pasarse de ahí.

Gaston. Hemos ofrecido 20000 ducados al que entregue al conde Manzoni, acusado del crimen de alta traicion; y el gobernador, juzgando con razon que esta captura interesa á la seguridad general, ha resuelto que los 20000 ducados se repartan entre los negociantes de Milan, á título de impuesto estraordinario...

Simonetta. (*Aparte.*) Sí! estraordinario, efectivamente!

Gaston. Pero como la suma se necesita hoy mismo, el

gobernador ha puesto los ojos en vos para realizarla por el pronto.

Simonetta. (*Aparte.*) Qué gracia de ojos!—Pero señor...! 20000 ducados es una cantidad enorme! Cómo quereis que yo tenga disponible tanto dinero...? Corre poco metálico...

Gaston. Sí?

Simonetta. Las libranzas sobre España no se pagan...

Gaston. (*Levantándose.*) Esa no es cuenta nuestra. Apelad á vuestros camaradas... En fin, arreglaos como podais: la cantidad nos hace falta: la necesitamos hoy, entendeis? 20000 ducados, ó un calabozo: escoged.

Simonetta. Calabozo?

Gaston. Sí: aqui en el castillo... arriba... los hay muy buenos... Pero vos, como hombre prudente, preferireis andar al aire libre... (*A un oficial que sale.*) Qué hay? Se ha fijado el edicto en que se ofrecen 20000 ducados al que entregue al conde Manzoni?

Oficial. Sí, señor; pero el pueblo en todos los puntos lo rasga, y por nuestra parte no hemos adquirido ningun indicio...

Gaston. Bien.—(*Aparte.*) Es preciso á toda costa apoderarnos de ese hombre: es el único modo de contener la revolucion. Voy á avisar al gobernador.—Señor Simonetta, os doy un cuarto de hora para reflexionar. Ya estais enterado, eh? no necesito repetiros...

Simonetta. No, señor, no os tomeis ese trabajo.

Gaston. (*Yéndose.*) Guardias, vigiladle bien hasta que yo vuelva. (*Se va con el oficial. Durante el principio de la escena siguiente relevan los centinelas.*)

ESCENA IV.

SIMONETTA. POLICASTRO.

(*Policastro es uno de los centinelas que vienen á relevar.*)

Simonetta. Con que 20000 ducados, ó al calabozo. Y si entro en él, se acabó...! no salgo mas: alli me dejan, segun es costumbre de estos señores, hasta el dia del juicio. Por otra parte, si suelto los 20000 ducados, ya no

los vuelvo á ver..., segun es tambien costumbre de los mismos señores, y me arruino...! Qué haré, Vírgen Santa, qué haré? (*Policastro, paseándose como de centinela, se va acercando á Simonetta.*)

Policastro. No dar el dinero!

Simonetta. Qué...? (*Viéndole.*) Dios mio...! Polic...

Policastro. Chit! (*Siempre paseándose.*)

Simonetta. Cómo estais aqui?

Policastro. Os admira?

Simonetta. No: de vos no me admira nada.

Policastro. Habia escasez de tropas... reclutaban soldados... y yo me he enganchado... Asi estoy á la mira... y puedo aprovechar la ocasion... Entendeis...?

Simonetta. Sí, sí... perfectamente...

Policastro. (*Siempre yendo y viniendo.*) Ya no vuelvo á fiarme de nadie... mas que de mí solo... y como yo pueda acercarme al gobernador... y agarrarlo... Yo buscaré la ocasion... estoy con cien ojos!

Simonetta. Este hombre es el mismo demonio!

Policastro. Y supongo que os negareis á dar el dinero...? No porque yo tema que pillen al conde... está en parage seguro... Pero vos no ireis á ayudar á nuestros tiranos...? Eso sería dar armas contra nosotros.

Simonetta. La misma reflexion me he hecho yo...! Pero ya habeis oido que si no lo doy, me condenan á morir en un calabozo.

Policastro. Mejor...! será otra víctima mas...! eso acabará de irritar al pueblo... y hace triunfar nuestra causa!

Simonetta. Sí; pero es que yo quisiera tambien ver el triunfo... que debe ser cosa magnífica! Y luego... mi muger...

Policastro. Todo debe ceder ante el bien de la patria! Pero no temais... la cosa va bien... el pueblo está agitado...

Simonetta. Sin embargo... puede dilatarse... y bien mirado, prefiero dar los 20000 ducados.

Policastro. Cómo es eso! Asi cumplís vuestro deber...? Pues aunque me pierda, si delante de mí respondeis que sí, este arcabuz hará justicia de un traidor!

Simonetta. (*Aterrado.*) Dios me favorezca...! y es hombre de hacerlo como lo dice! (*Aparecen la condesa, Julia y el prior.*)

Policastro. Gente viene...! Silencio...! Es la condesa...! no

me descubrais, que está alli el otro centinela. (*Se pasea, evitando que le conozcan los que salen.*)

ESCENA V.

DICHOS. CONSTANZA. JULIA. EL PRIOR.

Constanza. Ay! padre! las fuerzas me van abandonando!
Prior. Valor, hija mia! este es el momento de tenerlo.
Constanza. (*Viendo á Simonetta.*) Cómo...! vos tambien habeis venido...!
Simonetta. Sí, señora... es decir, he venido, porque me han traido.
Constanza y *Julia.* Preso?
Simonetta. Sí, señoras, preso!
Constanza. Dios mio! y por qué?
Simonetta. Por dos motivos: el primero por via de precaucion... porque me temen...! y el segundo...
Constanza. Por qué? (*Aparecen Gaston y el oficial.*)
Simonetta. Chit...! aqui vienen... Separémonos. (*Se aleja de ellas.*)

ESCENA VI.

DICHOS. GASTON.

Gaston. Que se publique este segundo edicto á son de trompa. Andad. (*Vase el oficial.*)
Constanza y *Julia.* Gaston!
Gaston. (*Viéndolas.*) Qué veo!
Constanza. (*Saliendo á su encuentro.*) Ah! señor! vos sereis quien nos salve! Dignaos escucharnos...
Gaston. De aqui á un instante, señoras... esperad.
Julia. (*Aparte.*) Dios mio! qué sequedad!
Gaston. (*A Simonetta.*) Y bien, amigo, habeis reflexionado?
Simonetta. Creeis que ha pasado ya el cuarto de hora?
Gaston. Qué sé yo...! Tiempo habeis tenido: vamos, qué decís?
Simonetta. Qué digo...?
Gaston. Resolved pronto, voto á brios!
Simonetta. Pues señor... digo.... (*Policastro da un golpe en su arcabuz, y lo hace sonar.*) Ay! — Digo que no!

Gaston. Con que no temeis ni los calabozos, ni la muerte?

Simonetta. Sí, señor...! mucho...! (*Policastro da otro golpe.*) Digo, no, señor...! nada...! nada...! aqui teneis mi cabeza!

Gaston. Pues en nombre del gobernador, daos á prision.— Guardias, aseguradlo.

Policastro. (*Llevándoselo á empellones.*) Vamos pronto...! por aqui...!

ESCENA VII.

GASTON. CONSTANZA. JULIA. EL PRIOR.

Constanza. (*A Gaston.*) Ahora, Gaston, podreis escucharme.

Gaston. Conozco lo que me vais á pedir, señora; pero no está en mi mano revocar las pesquisas dirigidas contra vuestro esposo.

Constanza. Ah señor...! no es por él por quien mas tiemblo.

Gaston. Pues por quién?

Constanza. Oid: está noche en la catedral ha sido preso un jóven...

Gaston. Le conoceis...?

Constanza. Ah! sí: le conocemos desde niño... hemos tratado á su familia.

Prior. Es discípulo mio, y estoy seguro de que le han hecho entrar bien á su pesar en esa conspiracion.

Gaston. Que lo pruebe, diciendo los nombres de los que le han seducido.

Constanza. Esa es una vileza, que él no cometerá jamas.

Julia. Salvadle, señor, salvadle.

Gaston. Vos tambien, señorita...? El gobernador está muy irritado.

Constanza. Entonces, llevadnos á su presencia. Venid yo le hablaré.

Gaston. Es imposible, señora.

Constanza y *Julia.* Imposible...!

Gaston. Ha dado orden terminante de que no se deje entrar á nadie.

Constanza. (*Aparte.*) Y hemos de marcharnos sin verle...! Ah...! no, no, yo le esperaré. (*Se sienta. Julia se acerca á ella.*)

Gaston. (*Llevando aparte al prior.*) Padre, alejadlas de aqui, si no quereis que presencien el suplicio de ese jóven.

Prior. Qué oigo...!

Gaston. (*Aparte yéndose.*) Ah! le ama...!

ESCENA VIII.

CONSTANZA. JULIA. EL PRIOR. *Luego* POLICASTRO.

Prior. (*Aparte.*) Cielos! morir tan jóven...!

Constanza. Dios mio...! Dios mio...! inspiradme un medio de salvarle.

Policastro. (*Saliendo.*) Ya está libre...!

Constanza. (*Viéndolo.*) Ah...! siempre, siempre este hombre...!

Policastro. Qué venís á hacer aqui?

Constanza. Me lo preguntas tú, que nos has perdido á todos...?

Policastro. Eh...! dejaos ahora de sermones, que maldito si vienen á cuento... Sin duda venís á interceder por vuestro esposo: es inútil, creedme: está en la cabaña de Cristóbal, que es parage seguro. A Cristóbal ya le conoceis, no es capaz de entregar al conde aunque el gobernador le ofreciera todo el dinero que nos ha robado... que no es poco decir! Asi pues, á pesar del nuevo edicto...

Los tres. Qué nuevo edicto?

Policastro. No sabeis? Viendo que no ha producido resultados la oferta de los 20000 ducados, el gobernador ofrece un salvo conducto en blanco al que presente al conde: es decir, cualquier recompensa que se le antoje pedir.

Julia y *Prior.* Cielos...!

Constanza. Eso ha ofrecido?

Policastro. Sí, señora, en nombre del rey de Francia; pero de aqui á mañana ya habremos triunfado. No temais por vuestro esposo... qué diablo! solamente vos y yo sabemos dónde está, y ni vos ni yo lo hemos de vender.

Constanza. (*Aparte.*) Un salvo conducto...! es decir, la vida de un hombre...! (*Ruido dentro.*)

Policastro. A Dios: ya se reune gente y aqui no hago falta. (*Se va.*)

ESCENA IX.

CONSTANZA. JULIA. EL PRIOR.

Constanza. Dice que se reune gente...! á qué? (*Asomándose á la ventana.*) qué es lo que les llama la atencion...?

Prior. (*Deteniéndola.*) Señora...!

Constanza. Dejadme ver, padre, dejadme ver. Cielos...! un cadalso...!

Julia. Ah! para Fabio!

Constanza. (*Aparte.*) Para mi hijo...! no, no morirá! (*Siéntase junto á la mesa y escribe.*)

Julia. (*Aparte.*) Me sacrificaré...! no hay otro medio. (*Al prior.*) Acompañadme, padre: el cielo me inspira y voy á salvarle.

Prior. Vos...! cómo...?

Julia. Sacrificándole mi amor. Venid, venid.

ESCENA X.

CONSTANZA.

(*Acabando de escribir y mirando al rededor.*) Dónde estan...? se han marchado...? ah! tanto mejor. (*Toca una campanilla: sale el oficial.*) Este papel al gobernador... pronto, andad. (*Vase el oficial.*) Fabio...! mi Fabio..! maldíceme, Dios mio...! pero que viva mi hijo...! bien sabeis que yo daria mi vida por él...! De aqui á mañana, tiempo hay de ver... y ademas, Policastro lo ha dicho, ya habrá triunfado la revolucion. Pero mi hijo es ahora, en este momento, cuando va á morir. (*Mirando á la ventana.*) Alli está, alli está el cadalso, y en derredor suyo esa muchedumbre inmóvil, silenciosa... bárbaros! qué haceis ahí...? qué esperais...? á mi hijo...? no, no le vereis... está aqui su madre que le defiende.

ESCENA XI.

CONSTANZA. EL OFICIAL, *con un papel.*

Constanza. (*Corriendo á él.*) Ah! es para mí... dádmelo,

dádmelo. (*Despues de leer.*) Se salvó...! mi Fabio! mi hijo...! (*Al oficial.*) Escuchad: haced que preparen dos caballos ahora mismo, y traed la escolta que ha de dejarlo fuera de la ciudad. Andad, andad pronto.

Oficial. Quereis algo mas?

Constanza. Cuando esté todo, venid por él, aqui le hallareis. (*Vase el oficial.*)

ESCENA XII.

CONSTANZA. *Luego* FABIO.

Constanza. El gobernador exige que salga de Milan: sí, sí, yo tambien lo deseo. Y voy á decirle á Dios para siempre...! se irá sin conocerme...! sin darme una sola vez el dulce nombre de madre...!

Fabio. (*Saliendo.*) Que estoy libre? yo sueño...! qué prodigio es este! quién está aqui? mi nodriza...! ah! ya lo adivino todo.

Constanza. Fabio!

Fabio. Es á vos á quien debo la vida, es verdad? sois vos quien me ha salvado...! pero ese rico vestido... eh! ya caigo...! os lo habeis puesto para poder penetrar hasta aqui... los pobres no tienen entrada en este palacio...! pero cómo es que el gobernador ha consentido en perdonarme? qué le habeis dicho? qué habeis hecho? hablad.

Constanza. Déjame gozar ahora del placer de verte... luego lo sabrás. Ah Fabio...! mira á qué estremo me has reducido...! mira los resultados de tu ligereza...! Pero no es ocasion de reprenderte: harto funesta ha podido ser para tí... y harto caro me cuesta tu rescate...!

Fabio. Qué quereis decir?

Constanza. No me lo preguntes. Ya estás libre, qué mas quieres...? Lo demas... lo demas es para mí sola! pero es preciso que huyas de esta fatal ciudad... que huyas al momento. Dentro de poco vendrán á buscarte.

Fabio. Ah...!

Constanza. Es asi como recibes la libertad, la vida...? qué puede detenerte en Milan? Ah! sí, ya me olvidaba... pero vé tranquilo... ella te seguirá.

Fabio. Cómo...! de quién hablais? no os entiendo.

Constanza. Sí, sí me entiendes... y ojalá hubieras tenido

mas confianza en mí...! algunas desgracias se hubieran evitado! — En fin, tú ahora no tienes mas que motivos de alegría...!

Fabio. Y vos...?

Constanza. (*Forzándose á reir.*) Yo...? yo tambien... Fabio... no ves cómo me río...? Haz como yo... alégrate... y sé feliz!

Fabio. Aun cuando creyera en esa esperanza que me haceis concebir, cómo he de partir feliz, cuando me destierran, cuando veo á mi patria amenazada de nuevos desastres, cuando el mas digno, el mas noble de sus hijos va tal vez á reemplazarme en el cadalso.

Constanza. Cómo?

Fabio. Sí: los que me han abierto el calabozo, no queriendo que mi gozo fuese completo, se han apresurado á desgarrarme el corazon, dándome esa fatal noticia... el arresto del conde Manzoni.

Constanza. Tú te interesas por él...? tú le conoces?

Fabio. Hace unos dias que en el puente nuevo le salvé la vida.

Constanza. Tú...? Oh providencia!

Fabio. Y despues le he visto lo bastante para apreciar en él al mas generoso de los hombres! Aqui... aqui mismo, no hace mucho, me ofrecieron la vida, con tal que lo delatase... Pero yo... yo habia de venderlo! — Algun miserable, seducido sin duda por el ansia del dinero, ha descubierto su retiro al gobernador. Ah! sea quien fuere ese infame, caiga sobre él la maldicion de Dios!

Constanza. (*Dando un grito.*) Fabio...! Tú no sabes á quién acusas...! ni puedes leer en el corazon del culpado...! calla...! calla...!

Fabio. Que calle...? Ah! si el delator está en este palacio, que mi voz atraviese las paredes y llegue á sus oidos! Maldicion sobre ese amigo pérfido en quien el conde se fiaba, y que le ha dado el beso de Judas! Si tiene hijos, que sus hijos le desprecien, que el cielo le robe lo que mas quiera... que su nombre se haga público, y cargue con la execracion de la Italia y de la posteridad!

Constanza. No mas...! no mas...! No puedo oir esas horribles palabras...! El corazon se me desgarra...! yo me muero...!

Fabio. Nodriza, qué teneis...?

Constanza. Yo soy... yo soy quien ha entregado al conde!

Fabio. Tú...? No te creo...! estás loca!

Constanza. Mátame...! te he dicho la verdad!

Fabio. Dios mio...! qué horror...!

Constanza. Mi delito es horrendo...! sí! lo sé mejor que tú! tú no puedes comprender aun todo lo horrendo que es! Pero aunque Dios y los hombres deban mil y mil veces condenarme... tú, Fabio, tú me debes perdonar, porque si he entregado al conde, ha sido por salvarte! Sabes que el cadalso estaba ya levantado...? mira... allí... en aquella plaza... y no habia otro medio de derribarlo. Tú no tienes amigos en Milan... tú ibas á morir sin que nadie tomase tu defensa... y el conde... tenemos delante veinticuatro horas... y es mas que suficiente para salvarlo!

Fabio. Y con esa débil esperanza habeis entregado su cabeza? Oh! tentacion infernal...! por qué no la desechasteis?

Constanza. Y podia yo acaso desecharla, triste de mí? podia yo dejarte morir...? Fabio... mírame... el secreto se escapa de mis labios... Un crimen como el que yo he cometido no puede inspirarlo sino la naturaleza...! su voz se alzó en mi corazon...! No la sientes en el tuyo...? no la oyes decirte que soy tu madre?

Fabio. Mi madre...! vos mi madre... Ah! Dios será quien os juzgue... yo no debo hacer mas que compadeceros... y abrazaros! (*Se abrazan.*)

Constanza. Ah...! Con que me perdonas...? Con que no te causo horror?

Fabio. (*Llevándola á un sillon.*) Qué decís? vos sois quien ha de perdonarme aquellas crueles palabras. Vos mi madre...! y yo no lo adivinaba...! Quién sino una madre me hubiera mostrado tanto amor! Pero hablad... esplicadme el misterio de vuestra vida y de la mia...

ESCENA XIII.

DICHOS. POLICASTRO. *Luego* EL OFICIAL.

Policastro. (*Aparte.*) Qué veo...! ahora lo sabré todo. (*Se esconde, y aparece el oficial con soldados.*)

Constanza. Ah! qué pronto han venido!

Fabio. Qué es esto?

Oficial. Vengo á buscaros: la escolta está esperando en el patio: vamos.

Fabio. Partir...! no, yo no parto, yo me quedo aqui.

Constanza. Desgraciado! qué dices...?

Fabio. Podiais figuraros que aceptaria la libertad, ahora que todo lo sé...? Lo que habeis hecho, madre mia, Dios, que pesa las acciones humanas, sabrá si debe perdonarlo; pero ya que por desgracia no lo he podido estorbar, sería un vil, un cobarde si de ello me aprovechase... Y vuestro hijo no quiere la vida con la deshonra! (*A los guardias.*) Guardias, volvedme al calabozo.

Constanza. Justo cielo!

Oficial. La orden del gobernador es terminante: si no venís, os llevaremos por fuerza.

Fabio. Ah, miserable de mí!

Oficial. Mi deber es sacaros de Milan: soldados, llevadle. (*Los soldados se apoderan de él y lo sacan.*)

Fabio. A Dios, madre! sed feliz...! Yo no quiero ya mas que la muerte!

ESCENA XIV.

CONSTANZA. POLICASTRO.

Constanza. Fabio...! mi Fabio!

Policastro. (*Saliendo.*) Deteneos!

Constanza. Policastro!

Policastro. Sí; Policastro, que iba á maldeciros, y que os perdona! — Vos erais su madre...? Su madre...! esta palabra lo disculpa todo! Pero ya que la madre ha cumplido su deber, la esposa quiere cumplir el suyo?

Constanza. Oh! aunque sepa morir mil veces! — Aconséjame...! qué debo hacer?

Policastro. Librar al conde, ó morir con él. Todo está pronto para alzar el grito esta noche; pero el pueblo no se levanta sino á la voz de Manzoni, y como él está preso, vos que sois su esposa, presentaos en la plaza á las doce, tomad una bandera y poneos al frente... No temais: yo me encargo de esplicar vuestro delito á todas las madres, y ellas alzarán la voz para justificaros. Dudais, señora?

Constanza. Estoy pronta...! á las doce me vereis...!

Policastro. Pues á las armas...! á las armas! (*Se va apresurado.*)

ESCENA XV.

CONSTANZA.

Dios, que ves mi corazon...! Dios, que has coronado los proyectos de la madre...! no abandones los esfuerzos de la esposa! No me dejes una vida de eternos remordimientos...! Sosten mi valor, para que pueda salvarlo!

ESCENA XVI.

CONSTANZA. LUDOVICO. GUARDIAS.

(*Los soldados traen á Ludovico, y se quedan en el foro.*)

Constanza. Qué veo...! (*Corriendo hácia él.*) Ludovico...! Ludovico...!

Ludovico. Eres tú! yo te juzgaba ya lejos de Milan!

Constanza. Ah! no me hables con ese tono...! Me he quedado para libertarte! para darte la vida! — Escucha: á las doce acudirá el pueblo á la plaza: yo me presentaré, me pondré á su cabeza... y al nombre de Manzoni, al grito de independencia, se alzará... y los franceses caerán... y tú serás libre!

Ludovico. Constanza...! yo no quiero la libertad, ni la vida, desde que sé cuán indignamente me has vendido!

Constanza. Yo, Ludovico...!

Ludovico. Mis enemigos se han gozado en amargar mis últimos momentos! Mira, infeliz...! (*Dándole un papel.*) Conoces la letra de esa delacion que el gobernador acaba de poner en mis manos?

Constanza. Mi carta...! Ah! infame!

Ludovico. Quién es ese Fabio por quien has entregado á tu esposo? Mis sospechas de anoche se han confirmado...! Ese Fabio que estaba alli oculto en el balcon... es vuestro amante, señora!

Constanza. Ah! Dios te lo perdone...! Es mi hijo.

Ludovico. Tu hijo...?

Constanza. El nuestro...! el que desapareció hace diez y seis años... el que yo misma te robé.

Ludovico. Qué oigo...! será verdad...?

Constanza. Sí...! perdóname...! yo era madre, y quise sus-

traerlo á los odios políticos: quise criarlo como un estraño, y no como el hijo y el vengador de los Manzoni. Vana precaucion! La sangre de sus abuelos hirvió en sus venas, y al ver que iba á subir al cadalso... mi cabeza se trastornó... no hallé mas que un medio de rescatar su vida...

Ludovico. Qué era entregar la mia...? (*Constanza cae á sus pies: él la abre los brazos.*) Ah! ven á mis brazos...! hiciste bien!

Constanza. Ludovico...!

Ludovico. Sí...! ya puedo arrostrar la muerte con frente serena! Tu traicion habia debilitado mi valor; pero esta alegría inmensa me arranca lágrimas de gozo, y me vuelve entera mi energía!—Mi hijo vive...! Bendita seas, muger!

Constanza. Tú me perdonas?

Ludovico. Te admiro, y te amo...! Ah! si le hubieras dejado morir, entonces te maldeciria. Hijo mio...! y no podré abrazarlo...!

Constanza. Ya partió; pero esta noche triunfamos, y volverá á nuestros brazos. (*Óyese rumor lejano.*)

Ludovico. Qué es eso...?

Constanza. Tumulto lejano...! Cielos...! Si aun no ha dado la hora...!

Ludovico. Dios mio...! ahora quiero vivir...! Déjame vivir para verlo!

Constanza. El tumulto crece...! Se habrá alzado el pueblo antes de la hora convenida...? Dios mio! haz que se salve mi esposo! (*Yendo á la ventana.*)

Ludovico. Dios mio, haz que se salve mi patria! (*El tumulto se acerca: óyese ruido sordo de combate: las campanas tocan á rebato.*)

Constanza. Él es...! el pueblo...! voy á ponerme á su frente...! voy á animarlo...!

ESCENA XVII.

DICHOS. GASTON. JULIA. SOLDADOS.

Julia. Gaston! por piedad!

Gaston. (*Agitado.*) Dejadme, Julia! ya es tarde! Atrás, señora...! Seguidme los dos.

Ludovico. Adónde?

Gaston. A la ciudadela, por el subterráneo que comunica con este palacio. Vamos!

Ludovico. Pues yo os declaro que no os seguiremos, y que primero moriremos aquí! (*Abrazando á la condesa.*) Al menos moriremos juntos!

Julia. Y yo con vosotros!

Oficial. (*Saliendo.*) Señor, el pueblo ha forzado la primera puerta.

Gaston. El gobernador ha huido por el subterráneo: soldados, llevaos por él á estos rebeldes!—(*Los soldados quieren llevárselos.*)

Ludovico. (*Resistiéndose.*) Infames!

Constanza. Socorro...! Socorro...!

Gaston. Si dais otro grito, sois muertos! (*Al llevárselos aparece Policastro al frente de una parte del pueblo.*)

ESCENA XVIII.

DICHOS. POLICASTRO. PUEBLO.

Policastro. Alto ahí, canalla! (*Hiere á Gaston, que cae muerto.*)

Todos. Policastro!

Policastro. Señor conde, la ciudadela se ha rendido...!

Ludovico. Y quién ha levantado al pueblo?

Policastro. Vuestro hijo!

Ludovico, Constanza y *Julia.* Fabio...?

Policastro. Jóven heróico...! rompió por medio de la escolta que le llevaba, y dió la señal de alzarse! El pueblo dudaba; pero al revelarle yo que era el hijo de Manzoni, todos le siguieron...! su ardor ha anticipado el golpe; pero lo ha asegurado. Miradle...! miradle vencedor..! (*Gran ruido de derribar puertas: gritos de "Milan y libertad!"—Aparece Fabio, espada en mano, á la cabeza del pueblo, que trae teas encendidas.*)

ESCENA XIX.

DICHOS. FABIO. PUEBLO.

Pueblo. Victoria...! Victoria...!

Ludovico. Hijo...!

Fabio. (*Echándose en sus brazos.*) Padre mio...! Madre...! Julia...!

Ludovico. Bendita sea la providencia, que en un solo dia me vuelve á mí un hijo, y la libertad á mi patria!

Fabio. Ya no hay franceses en nuestra patria! Nuestros aliados los han vencido en Pavía, y el rey Francisco I ha caido prisionero de los españoles! Amigos, una nueva era empieza para la Lombardía! Lo que nuestro valor ha conquistado, nuestro valor lo sabrá conservar!

Policastro. (*Señalando á Fabio.*) Gloria al libertador de Milan!

Pueblo. Gloria al libertador!

FIN DEL DRAMA.